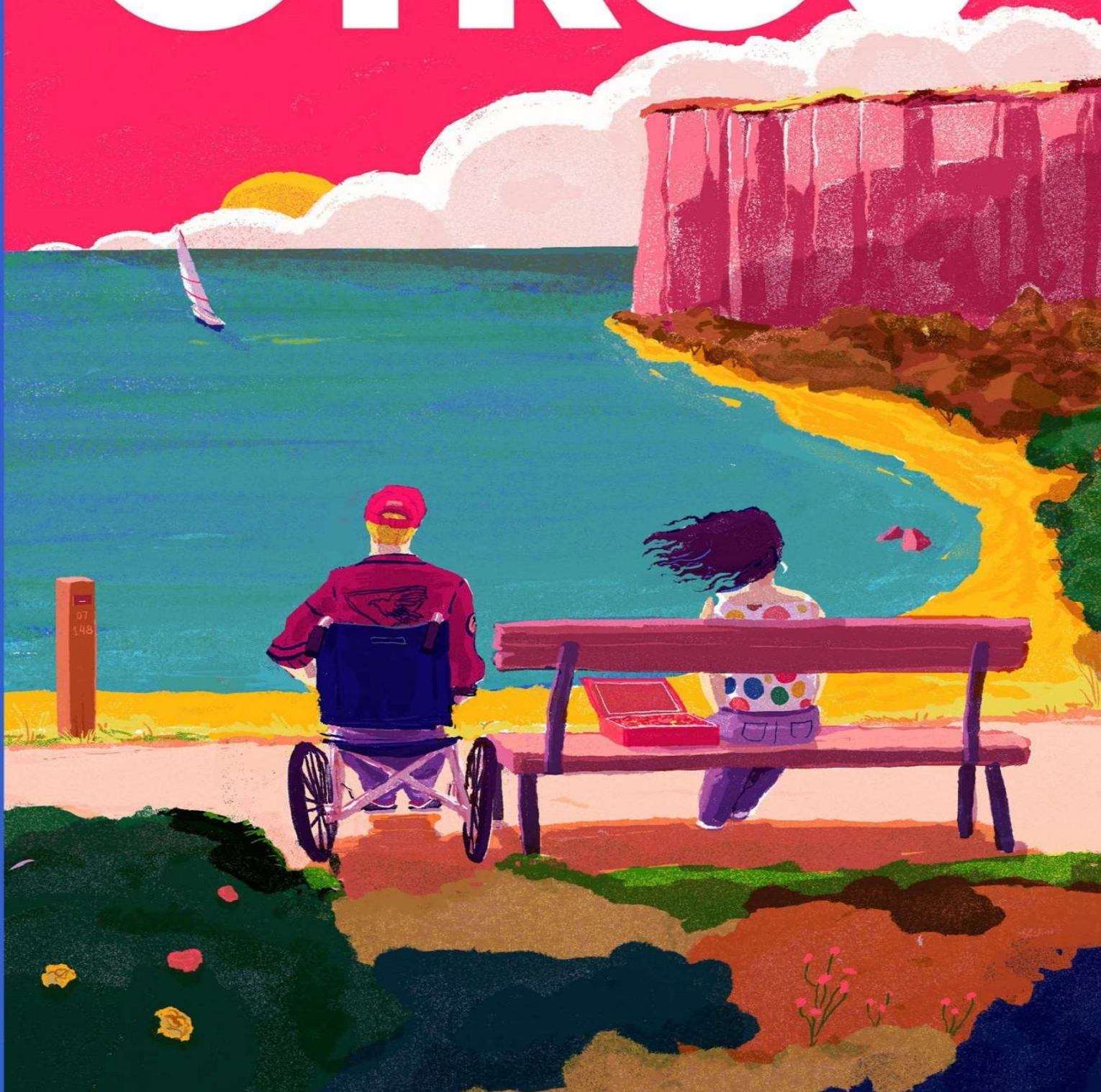


JOSÉ ANTONIO FORTUNY

# LOS OTROS





**José Antonio Fortuny Pons**

**LOS OTROS**

Presente edición: octubre de 2018.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida total o parcialmente. No se puede utilizar de ninguna forma ni por ningún medio gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación información y sistemas de recuperación u otros métodos sin permiso escrito del propietario del copyright. La infracción de los derechos anteriormente mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y sigs del Código Penal).

Copyright © 2018 José Antonio Fortuny Pons.  
Todos los derechos reservados.

# Índice

- ♦ [Los otros](#)
- ♦ [Els altres](#)
- ♦ [The Others](#)
- ♦ [Les autres](#)
- ♦ [Gli altri](#)
- ♦ [Die Anderen](#)
- ♦ [Agradecimientos](#)
- ♦ [Contacto](#)

## LOS OTROS

Tal vez éste será mi último verano. No puedo evitar pensar si será la última vez que vea el mar.

Acciono con dificultad el mando de la silla de ruedas y me acerco al lado del banco. Desde este mirador se disfruta de una vista privilegiada del arenal bordeado por espesos pinares. Al fondo, en perpendicular, se extiende un acantilado. Un hombre conectado a unos auriculares corre por la orilla de la playa; una pareja sentada en la arena blanca y fina contempla las aguas turquesas. El cielo se engalana de naranja, el disco solar se prepara para sumergirse en el plácido mar.

Llevo sobre mis muslos una caja de bombones. Me percató que, al otro extremo del banco, se sienta una joven de cabellos ondulados y cobrizos que le caen sobre los hombros. Viste una camiseta de tirantes, con círculos acuarelados de mil y un colores. Ella me mira fugazmente por el rabillo del ojo.

Soy un buscador de belleza, y un experto en saborear el presente. Con ambos elementos elaboro una eficaz cataplasma que me ayuda a combatir el horror.

Un niño aparece ante mí. Me mira de arriba abajo con los ojos muy abiertos, extiende una mano y, tambaleándose, da unos pasos hacia mí. Antes de que se establezca el contacto irrumpe por detrás su madre, le coge del brazo y le propina un tirón tan violento que parece que lo va a descoyuntar. Le regaña y el niño se pone a llorar. Noto cómo la joven del banco presencia atónita la escena. Cada uno por nuestro lado, tratamos de digerir la tensión que se ha creado, haciéndonos los despistados. Trago saliva. Al cabo de unos segundos, alzo la voz:

—Un día estuvo a punto de tocarme el presidente del Gobierno. Si lo hubiera hecho, quizá todo hubiera cambiado—. Hay un tono de compunción en mi voz.

—¿Conoces al presidente del Gobierno? —La joven se aparta con suavidad el cabello detrás de la oreja. Su cara es ovalada y tiene una muñeca adornada con varias pulseras; de las orejas le cuelgan unos largos y vistosos pendientes.

–Un poco.

A lo lejos, un velero cruza las aguas con sus velas blancas desplegadas. Oigo el graznido de una gaviota que nos sobrevuela. Sobre una roca, un hombre prepara su caña de pescar.

–Nunca he sabido lo que es ganar fuerza. Me diagnosticaron una enfermedad llamada atrofia muscular espinal a los pocos meses de vida. Empecé a caerme y a andar mal, me cansaba enseguida. Envidiaba a los niños que podían correr... y yo no.

» En esos tiempos soñaba con ser jugador de fútbol o aviador. Me encantaba jugar y estar con los demás niños hasta que la cena se enfriaba y nuestras madres tenían que venir a buscarnos, sucios y con las rodillas peladas. Mis primeros esfuerzos se centraron en que la enfermedad me condicionara lo menos posible. Era una circunstancia limitante y fastidiosa, pero yo trataba de ser como uno más.

» Un día, cuando era un adolescente, poco antes de dejar de poder caminar, fuimos a ver un espectáculo. Un mago con sombrero de copa y capa negra me escogió de entre los espectadores para que participara en un número. Me metió en una caja rectangular, agarró una ruidosa motosierra, y con gestos teatrales fingió que me cortaba en dos. Al volver a recomponerme con aparente éxito le dije al hombre que algo había ido mal. Angustiado, yo me tocaba repetidamente el abdomen e insistía en que me había causado un desgarró de verdad. El hombre se rio. Por mucho que protesté, ni me creyó ni me devolvieron el precio de la entrada.

» A partir de entonces sentí como la separación con los demás se aceleraba. Nos bifurcábamos, la brecha que nos separaba se iba volviendo cada día más inquietante. No me entendían o me mal interpretaban. El código de comunicación no funcionaba. Para tratar de hacerme entender mejor, me puse a estudiar idiomas. Como también tenía la impresión que no me veían, empecé a vestirme con colores chillones. De la cabeza a los pies de rojo, preferentemente.

Sopla una leve brisa que alivia el calor de la tarde. Giro la cabeza, la joven me mira con interés. Sus ojos son almendrados y los estilizados pendientes en forma de media luna se bambolean. Tiene las piernas cruzadas, y las manos reposan sobre sus tejanos.

–Una tarde que fui a pasear –prosigo– se desencadenó una espantosa tormenta. Traté de guarecerme, pero mientras intentaba escapar... un rayo cayó sobre mí. Un hombre corrió en mi auxilio, gritando y echando perplejas miradas hacia el cielo: "¡Papá Noel se ha caído, Papá Noel ha tenido un accidente!". Yo estaba tirado en el suelo, medio inconsciente. La silla de ruedas había quedado destrozada, boca arriba, una rueda rodaba por el prado y una columna de humo salía del motor chamuscado.

» El hombre, al agarrarme, soltó un improperio y pegó un salto hacia atrás. Se miró, estupefacto, las manos, y huyó desfavorido. Al cabo de unos instantes regresó con una mujer de mediana edad. Ésta se agachó, puso esa voz de pito que tanto me irrita, y pellizcándome una mejilla me preguntó:

» –¿Estás bien, chato? ¿Dónde está tu padre?

» Su reacción al tocarme fue la misma que la de su compañero. Apartó rauda la mano, como si se hubiera electrocutado, y su rostro se transmutó. Su voz cambió drásticamente, se volvió seria y grave como la de un barítono. Me dijo:

» –Entiendo. Te afeitas y tienes pelos en las piernas. –Se pasó pensativa una mano por la papada–. Estás hasta las narices de que traten como un niño.

» Quien no entendía lo que estaba ocurriendo era yo. Estaba claro que no había muerto, porque allí no había preciosos ángeles de sexo femenino, con ligueros y tacones de aguja, tal como prometían. Pero esta mujer había leído con nitidez mis pensamientos, había tenido acceso a los datos que pululaban por mi compartimiento cerebral.

» Cada vez había más gente a mi alrededor. El hombre y la mujer les iban animando a que me tocaran.

» –Es como estar encerrado en una prisión. Tu cuerpo es una prisión; tu carne y tus huesos los barrotes. Ahora entiendo lo duro que es no poder rascarse ni la nariz –dijo un joven con cara de monaguillo.

» Asentí.

» –Es injusto. Ninguna persona debería pasar por estas enfermedades tan crueles. Qué tortura más retorcida es que te vayan chupando la energía de esta manera –apuntó una joven que me había palpado con sus manos de pianista.

» Volví a asentir.

» Algo extraño y fantástico estaba ocurriendo. Debido a un misterioso



mecanismo, se había creado un puente a través del cual el magma de mis emociones salía de mi cuerpo, traspasaba la membrana cutánea de los demás y se fusionaba con su sistema nervioso. Al parecer, cuando la gente me tocaba llegaba a sentir lo mismo que sentía yo. Miré a un lado y a otro para ver dónde estaba escondida la cámara oculta. No era una broma.



» Me sentía desnudo, expuesto, pero también reconfortado. Yo, que había hecho varios cursos de comunicación e idiomas tratando de explicar los avatares de mi geografía interior, con resultados inútiles y pobrísimo, me encontraba ahora con que, sin abrir la boca, la gente me comprendía.

» Alucinaba. Era un sabroso momento mágico. Había gente que se llevaba las manos a la cabeza, lamentándose por su miopía. Se frotaban los ojos y me abrazaban. Habíamos descubierto que estábamos unidos por un consistente cordón umbilical.

» Así fue como nació el primer círculo de guerrilleros, el embrión de una pequeña revolución. A partir de entonces dejé de vestir de rojo.

» Poco a poco el contagio sobrenatural se fue extendiendo a lo largo de la isla. Recuperé amigos, amigos que me trajeron a otros amigos. Antiguos colegas que pasaban por delante de mi casa y que me habían eliminado asépticamente de sus vidas, subían a verme.

» –Si me ocurriera algo así a mí, no soportaría no poder salir y perder el contacto con los demás –declaraban. Yo les bendecía y les invitaba a que descorchasen botellas de champán.

» Fue en esos días cuando cancelé también mi matrícula para estudiar japonés. Ya no hacía falta.

» En un santiamén, el ayuntamiento suprimió todas las barreras arquitectónicas de la ciudad; nos ofrecieron, tanto a mí como a todo aquel que lo necesitara, la imprescindible ayuda para desarrollar nuestra autonomía personal. Nos liberaron de las cadenas que ahogaban a nuestras familias. Por primera vez en la historia de la isla, todos los partidos políticos acudieron con idéntico programa social. Todos estaban de acuerdo en que la prioridad ahora eran las personas. Bueno, antes decían que lo estaban, ahora actuaban de verdad.

» Mi isla, Menorca, se convirtió en un pequeño foco de luz, en un raro e insólito oasis. La belleza que cotidianamente nos envuelve eclosionó, esparciendo su polen que fecundó los corazones de la gente, transformándolos. Ahora eran los países nórdicos los que venían aquí para que les diéramos lecciones sobre derechos y cohesión social. Como consecuencia de esto a Menorca le concedieron varios títulos como el de Reserva de la Humanidad.

–Me suena mucho esto... –murmura la joven.

Detengo mi relato y me fijo de nuevo en ella. Tiene los labios arqueados y unas gotas de sudor recorren su cuello. Con las manos dibuja círculos en el aire.

–Sigue –me espolea.

–Esta metamorfosis repercutió de un modo fundamental en mi ánimo, y encontré renovadas fuerzas para afrontar el día a día. Me hallaba en un entorno óptimo para mantener a raya a la enfermedad. Ese corte, ese desgarró que me había infligido ese mago aficionado, por fin cicatrizó.

» En esto, un día recibí una inesperada visita. Se llamaba Marta, vivía en la península, y me contó que había perdido un hijo víctima de una de estas enfermedades. Me dijo que seguía colaborando como podía para recoger fondos para la investigación. Me impactó. Era humano y comprensible no querer volver a saber nada más después de haber pasado por un trance tan extremo, pero había quedado tan marcada, se sentía tan próxima al dolor ajeno, que no quería que nadie más volviera a pasar por el mismo infierno.

» Yo era consciente de que la investigación era lo único que podía salvarme, pero hasta entonces pensaba que esto era responsabilidad de otros. Por desgracia, al no ser enfermedades estrella que interesen a la industria farmacéutica, no hay otra opción que arremangarnos y empujar también nosotros si queremos ver algún día la luz al final del túnel.

» Cuando me besó en la mejilla, cuando sus labios rozaron mi piel, comprendí lo vigorosas que eran sus motivaciones. Y entonces sentí un fogonazo, y la cáscara de mi mundo se abrió. Vi a otros como ella, repartidos por todo el planeta. Historias impresionantes, de gente anónima, de gente que batallaba en silencio y muchas veces en solitario contra estos monstruos insaciables. Conocí el relato de Pat, a la cabeza de una asociación de distrofia muscular a pesar de que esta maldita enfermedad le había arrebatado a sus dos hijos, o el testimonio de Nuria, que aunque a su marido se lo había llevado la esclerosis lateral amiotrófica, seguía aportando su cuota anual para la búsqueda de un tratamiento. Granos de arena luminosos y referenciales, dispersos por todo el orbe terrestre. Hormiguitas comprometidas con el progreso de nuestra especie. Forjadores de esperanza.

» Ese día fui atravesado por un segundo rayo. Éste fue el que me removió y me tocó más adentro.

» –Nosotros también tenemos que intentar hacer algo –me manifestaron mis camaradas cuando les expliqué lo sucedido.

» Arrugué el rostro, me extrañó que se quisieran implicar tanto. Cuando les pregunté a qué se debía su motivación me respondieron, treinta hombres y mujeres al unísono, que eran muy conscientes de los expuestos que estaban a sufrir el mazazo de alguna de estas enfermedades. De hecho, habían calculado que estadísticamente tarde o temprano les iba a tocar a alguno de ellos o a alguien cercano. Por eso invertir en investigación en el fondo era invertir en ellos mismos. Entonces lo vi claro: había olvidado que en mi comunidad hacía un tiempo que se había disuelto esa barrera ilusoria entre tú y yo, entre nosotros y vosotros.

» Así pues, nos pusimos manos a la obra. De tanto en tanto organizábamos algún concierto, o el sorteo de una cesta de Navidad, o un evento deportivo... Actividades diversas para recaudar algo de dinero. No era mucho, pero entre todos, una gota de aquí y de allá, íbamos engrosando la arteria global. Y aunque estábamos satisfechos y no podíamos expresar más a la gente, también es cierto que ni aun así conseguía disimular la inmensa frustración que sentía al ver cómo la vida de afectados que conocía se iba apagando y consumiendo, al igual que la mía, que cada día que pasaba estaba más amenazada. La ciencia avanza, pero exasperadamente lenta en comparación con el breve tiempo vital que disponemos los afectados.

» –Todo sería mucho más fácil si se organizara desde arriba. Sólo con los 42 millones de euros que cuesta, por ejemplo, un F-18, un avión de combate de los más sencillitos, ya tendríamos suficiente para cubrir durante años la investigación de esta u otras enfermedades –me soltó un amigo erudito.

» Visto así, cuán relativo me parecía el valor de las cosas, cuán alejado me sentía de aquellos que claudican ante esta aberrante escala de valores.

¿Cuánto cuesta salvar vidas? ¿Qué precio le ponemos? ¿Acaso menos de los 136 millones de euros que se derrochan para construir un aeropuerto en el que crece la hierba porque que no se utiliza?

» La aportación de los particulares era imprescindible para que la investigación no se detuviera, pero para dar un salto cualitativo se requiere de la implicación de los gobiernos. Sólo ellos tienen la capacidad de manejar sumas considerables de dinero.

» –¿Por qué no se lo comentas al presidente del Gobierno? He oído que viene de vacaciones a la isla la próxima semana –sugirió Pepe "El Cotilla". Cuando las carcajadas se acallaron, empezamos a darle vueltas a la idea, y no nos pareció tan descabellada. A fin de cuentas era una buena ocasión para poner a prueba mi don. Tal vez funcionase.

» Éramos un grupito insignificante, pero suspirábamos porque la unión de nuestros anhelos pudiera influir y cambiar las leyes, las prioridades del Gobierno. Y si cambiábamos las leyes, tal vez podría cambiar el futuro de miles de vidas. Si conseguíamos implicar seriamente al Gobierno, ya no avanzaríamos gota a gota, sino que lo haríamos volando sobre una gran ola. Cuánto más dinero se invirtiera, más proyectos de investigación se podrían poner en marcha, y, por tanto, más probabilidades de encontrar antes un tratamiento.



» Reconozco que me daba vergüenza presentarme ante el presidente. Tenía muchas dudas sobre si el plan podría funcionar. ¿Y cómo llegar hasta él? ¿Con qué excusa engatusarlo? Nos soplaron que los jueves por la tarde iba a jugar al tenis. Un amigo se las ingenió para hacerle llegar el recado que había encontrado un rival adecuado para él, alguien que estaba dispuesto a dejarse ganar...

» –No tienes pinta de jugador de tenis –me dijo escrutándome de arriba abajo cuando me presenté ante él. El prohombre iba vestido con el clásico uniforme blanco: camiseta y pantalones cortos, calcetines hasta las rodillas, dos muñequeras, y sostenía impaciente una raqueta. Mantenía la distancia. Estaba situado a unos metros de mí, haciendo rotaciones de cadera como ejercicio de calentamiento.

» –Estoy lesionado –le aclaré.

» Ni se inmutó, no entendió la bufonada. Iba a ser una misión complicada.

» De repente, sin darme tiempo a reaccionar, dio unos pasos hacia mí y me colocó una mano sobre el hombro. Comentó que ya que estaba allí podíamos hacernos una foto juntos. Por fin. Ya estaba. Sonreí y me lo miré, pero no percibí en su semblante granítico y canoso ningún síntoma de la transformación. A continuación, me pasó una mano por la cabeza, pero siguió sin ocurrir nada. Entonces me di cuenta: llevaba guantes. Guantes de lana térmica curtida al cromo con doble recubrimiento de espuma de nitrilo en pleno verano. Empalidecí, y el suelo tembló. Debió de percatarse de que me faltaba el aire, ya que se justificó diciéndome que tenía la piel muy delicada. La cuesta se empinaba.

» Tuve que improvisar una estrategia de emergencia.

» –No puedo jugar al tenis, pero le propongo otro juego: el de las adivinanzas. Cada vez que uno de nosotros falle, se quitará una prenda –le reté. Creo que no le hizo demasiada ilusión. Torció la boca, refunfuñó, pero acabó aceptando a regañadientes. Probablemente no quería parecer un cobarde ante un tipo como yo. Dio media vuelta y se separó unos metros. Nos situamos de nuevo frente a frente, como dos vaqueros.

» –¿Cómo se llaman las sustancias químicas que liberamos al sonreír? –disparé primero.

» –No lo sé –contestó. Arrojó al suelo la raqueta y dio un paso hacia mí.

Había llegado su turno.

» –¿Cuántos diputados hay en el Congreso? –me preguntó.

» –Ni idea.

» Entonces mandó a uno de sus guardaespaldas que me quitara la camiseta.

» Intercambiamos unos golpes en forma de preguntas y respuestas. Ninguno de los dos acertaba con las cuestiones que le planteaba el otro. Nos íbamos desnudando, el ambiente se caldeaba. Quedé anonadado al descubrir en el pecho depilado del presidente el tatuaje del oso Yogui montado sobre una bicicleta. Daba la sensación que aceleraba el pedaleo cuando el político contraía sus pectorales. Cada vez que el presidente fallaba, daba un paso hacia mí. Yo hacía lo propio recorriendo el trecho con la silla de ruedas. Nuestro líder no supo decirme quién escribió *El hombre en busca de sentido*, ni por qué los pájaros cantan cada mañana, ni cuál es la razón por la que los girasoles se orientan hacia el sol. Yo ignoraba qué factores intrínsecos influyen en el déficit fiscal o cómo afectan los impuestos indirectos al producto interior bruto y, mucho menos, qué relación hay entre la inflación y los bienes tangibles.

» Súbitamente, cuando ya estábamos muy cerca el uno del otro, cuando podía sentir su aliento y había conseguido, por fin, que se desprendiera de los dichosos guantes, alguien nos interrumpió.

» –¿Se puede saber qué haces? –le gritó su mujer. Tenía los puños apretados y el cerco de espuma rabiosa que se le había formado alrededor de los labios le chorreaba hasta el suelo.

» –No es lo que parece –trató de defenderse él, tapándose como pudo.

» –¿Dónde demonios están los guantes? ¿No te advirtió el servicio secreto que no te acercaras a él bajo ningún concepto? –Ardía, las costuras de su traje pantalón de Dolce & Fabana estaban a punto de reventar.

» Se me encendieron las alarmas. La misión peligraba. Había que jugársela como sea. Lo tenía tan cerca..., apenas a unos centímetros. Sólo con haber podido estirar un poco los brazos le hubiera tocado. Pero hacía ya un tiempo que mis brazos habían sido colonizados también por la enfermedad, y yacían inertes como si fueran de cemento.

» –Señor presidente –alcé los ojos hacia él–, me gustaría pedirle que me toque, sólo una vez. Sé que suena raro, pero sólo con palabras no voy a poder llegar al lugar donde está situado usted. –Puse cara de primera comunión–. Vamos, inténtelo, conviértase en nuestro aliado... y la ciencia dará un salto de gigante.

» Distinguí la duda bailando en sus ojos. Su expresión, entre sorprendida y cabreada, se flexibilizó un poco. Me confesó:

» –Creo que si lo hago tendría que replantearme muchas cosas. Demasiadas; mías y del Gobierno. Y, francamente, no me siento con fuerzas para hacerlo. No quiero meterme en líos.

» Su mujer volvió a lanzar un grito ensordecedor. Tras ella, aparecieron unos hombres uniformados de negro. Nos rodearon. Intimidados, los guardaespaldas del presidente levantaron las manos y se echaron para atrás. Dos de estos hombres enigmáticos, con sus rostros circunspectos lamidos por la gomina, agarraron al presidente por los codos.

» –Ellos nunca lo permitirán –murmuró el presidente, cabizbajo.

» –Tiene razón, no lo permitiremos –dijo ella fulminándome con la mirada–. Fuera de aquí.

» En ese momento fui consciente de que era ella la que realmente llevaba los pantalones, y que a su vez estaban al servicio de un poder todavía mayor. Eran títeres al servicio de Turbios Intereses S. A.

–Había oído rumores sobre su crisis matrimonial, pero nunca imaginé... que esa tercera persona fueras tú –me comenta la joven con la boca abierta.

–Ya ves... –me ruborizo. Tomo aire: una, dos, tres veces–. Habíamos ido demasiado lejos –prosigo–, y el Gobierno en la Sombra no estaba dispuesto a tolerarlo. A partir de entonces se valió de todo tipo de artimañas para contrarrestar el hechizo del rayo, para dinamitar la coalición, para segar esos lazos de camaradería que habíamos creado. Ante sus amenazas y sobornos muchos simpatizantes desertaron, volvieron a agazaparse en la cueva de su ego, reduciendo la visión de la realidad a lo que sólo tenían frente a sus narices.

» En mi isla, volvieron a estrechar las aceras y a cavar una zanja permanente alrededor de mi casa. Me retiraron cualquier tipo de ayuda que me hiciera la vida más fácil. Suprimieron mi teléfono del listín telefónico. Según las



últimas informaciones, hasta están considerando poner un candado en mi puerta.

» Me acechan, me persiguen, me vigilan. Tienen sus temibles hombres de negro, expertos en artes marciales, escondidos en los matorrales o apostados en las esquinas, y cada vez que alguien se me acerca salen para aterrorizarlo. El grupo se ha reducido y ha quedado esquilado, es cierto, pero sigue siendo muy valioso y trabaja duro. Seguimos batallando contra tantos elementos que tenemos en contra, contra los helados muros de la indiferencia que nos impiden conectar con el otro y bloquean el progreso.

La joven, que ha ido escalando y está sentada a unos palmos de mí, se ha comido sin ningún tipo de tapujos ya casi todos los bombones, incluso los de licor.

–Es una historia increíble, difícil de creer... –me dice.

Suspiro. Sé que lo es. También soy un apasionado de las historias increíbles, le ponen un poco de sal y pimienta a la vida. Vuelvo a dejar vagar la vista hacia el mar. Me pregunto si volveré a ver esa roca que tiene forma de sirena, y que en el crudo invierno aguanta impasible las embestidas de las olas.

Me siento viejo, pero quiero seguir luchando. Muy lejanos me quedan esos sueños de infancia de convertirme en atleta o viajero; puede que también el de amar y ser correspondido. Ya tengo problemas respiratorios y sólo puedo mover un poco los dedos de una mano. Es el único movimiento corporal que me queda. Tengo miedo. Mi enemigo me ha ido devorando, sepultándose con su venenosa negrura, pero aún quedan poros en mí a través de los cuales la vida y la esperanza, tan finas y sutiles ellas, se van colando. Daría lo que fuera para poder ver el fin de ésta y otras enfermedades, celebraría una fiesta muy sonada. Después de cuarenta años de supervivencia, sigo deseando, exactamente como el primer día, saber lo que se siente al ganar fuerza, aunque sólo fuera durante un día, unas horas, un ratito... Un ratito, sí, me conformo ya con un ratito.

–Tengo que marcharme –me anuncia ella. Los turistas desperdigados por la playa también van emprendiendo el regreso, cargados de cachivaches y con las espaldas enrojecidas.

La joven se levanta, se despide de mí y da unos pasos hacia la salida del mirador. Observo como se marcha, sus pasos livianos, resuelta a difuminarse en el laberinto de sus propios asuntos. Me pregunto cuáles serán sus ilusiones, qué espera de la vida y del futuro.

De pronto, cuando ya no me lo esperaba, se detiene, se gira y vuelve sobre sus pasos. El corazón me martillea el pecho. Se sienta pegada a mí. Aspiro su aroma de sándalo y se me enciende la piel. Trato de decirle algo, pero me manda callar llevándose un dedo a los labios. Ahora son sus ojos color miel los que quieren hablarme. Entonces me sonrío, se acomoda en el respaldo del banco, y me agarra con fuerza la mano.

## ELS ALTRES

### **Traducción: Helena Motilla**

Potser aquest serà el meu darrer estiu. No puc evitar pensar si serà l'última vegada que veuré la mar.

Acciono amb dificultat el comandament de la cadira de rodes i m'apropro al costat del banc. Des d'aquest mirador es gaudeix d'una vista privilegiada de l'arenal envoltat d'espessos pinars. Al fons, en perpendicular, s'hi estén un penya-segat. Un home connectat a uns auriculars corre per la vorera de la platja; una parella asseguda a l'arena blanca i fina contempla les aigües turqueses. El cel s'engalana de taronja, el disc solar es prepara per submergir-se a la plàcida mar.

Porto sobre les meves cuixes una capsula de bombons. M'adono que, a l'altre extrem del banc, s'hi asseu una jove de cabells ondulats i rogencs que li cauen damunt les espatlles. Duu una camiseta de tirants, amb cercles aquarel·lats de mil i un colors. Ella em mira fugaçment de cua d'ull.

Sóc un buscador de bellesa, i un expert a assaborir el present. Amb aquests dos elements elaboro un eficaç cataplasma que m'ajuda a combatre l'horror.

Un nen apareix davant meu. Em mira de dalt a baix amb els ulls molt oberts, estén una mà i, trontollant, fa unes passes cap a mi. Abans que s'estableixi el contacte irromp per darrere sa mare, l'agafa del braç i li propina una estirada tan violenta que sembla que l'ha de desconjuntar. El renya i el nen es posa a plorar. Noto com la jove del banc presencia atònica l'escena. Cada un pel nostre costat tractem de digerir la tensió que s'ha creat, fent-nos els despistats. Empasso saliva. Al cap d'uns segons, aixeco la veu:

–Un dia va estar a punt de tocar-me el president del Govern. Si ho hagués fet, potser tot hauria canviat– hi ha un to de compunció en la meua veu.

–Coneixes el president del Govern?– La jove es decanta amb suavitat el cabell darrere l'orella. La seva cara és ovalada i un braó està adornat amb unes quantes polseres; de les orelles li pengen unes llargues i vistoses arracades.

–Una mica.

Al lluny, un veler travessa les aigües amb les seves veles blanques desplegades. Sento el crit d'una gavina que ens sobrevola. Damunt una roca, un home prepara la canya de pescar.

–Mai no he sabut què és guanyar força. Em van diagnosticar una malaltia anomenada atrofia muscular espinal quan tenia pocs mesos. Vaig començar a caure i a caminar malament, em cansava de seguida.

Envejava els nens que podien córrer... i jo no.

»En aquells temps somniava a ser jugador de futbol o aviador. M'encantava jugar i estar amb els altres nens fins que el sopar es refredava i les mares havien de venir a buscar-nos, bruts i amb els genolls pelats. Els meus primers esforços es van centrar en el fet que la malaltia em condicionés al mínim possible. Era una circumstància limitant i fastijosa, però jo tractava de ser com un més.

»Un dia, quan era un adolescent, poc abans de deixar de poder caminar, vam anar a veure un espectacle. Un mag amb barret de copa i capa negra m'escollí entre els espectadors perquè participés en un número. Em ficà dins una caixa rectangular, engegà una motoserra i amb gestos teatrals va simular que em tallava en dos. En tornar a recompondre'm amb aparent èxit li vaig dir a l'home que alguna cosa havia anat malament. Angoixat, em tocava repetidament l'abdomen i insistia que m'havia tallat de veritat. L'home va riure. Per més que vaig protestar, ni em va creure ni em van tornar els diners de l'entrada.

»Des d'aleshores vaig sentir com la separació amb els altres s'accelerava. Ens bifurcàvem, el trenc que ens separava esdevenia cada dia més inquietant. No m'entenien o em mal interpretaven. El codi de comunicació no funcionava. Per tal de fer-me entendre millor, em vaig posar a estudiar idiomes. Com que tenia la sensació que no em veien, vaig començar a vestir-me amb colors cridaners. De cap a peus de vermell, preferentment.

Bufa una brisa que alleuja la calor de la tarda. Giro el cap, la jove em mira amb interès. Els seus ulls són ametllats i les estilitzades arracades en forma

de mitja lluna es balancegen. Té les cames encreuades, i les mans reposen damunt els texans.

–Un capvespre que vaig anar a passejar– continuo– es va desencadenar una gran tempesta. Vaig tractar d'arrecerar–me, però mentre intentava fugir... un llamp va caure damunt meu. Un home va córrer per auxiliar–me, cridant i llançant mirades perplexes cap al cel: "Pare Noel ha caigut, Pare Noel ha tingut un accident!". Jo estava tirat al terra, mig inconscient. La cadira de rodes havia quedat destrossada, cara per amunt, una roda rodava per la tanca i una columna de fum sortia del motor socarrat.



»L'home, en agafar-me, va amollar un improperi i va fer un salt cap endarrere. Es va mirar, estupefacte, les mans, i va fugir espantat. Al cap d'uns instants va tornar amb una dona de mitjana edat. Aquesta es va ajupir, va posar aquesta veu planyívola que tant m'irrita, i pessigant-me una galta em va preguntar:

»—Estàs bé, xato? On és el teu pare?

»La seva reacció en tocar-me va ser la mateixa que la del seu company. Va apartar ràpida la mà, com si s'hagués electrocutat, i el seu rostre es va transmutar. La seva veu va canviar dràsticament, es va tornar seriosa i greu com la d'un baríton. Em va dir:

»—Ja ho entenc. T'afaites i tens pèls a les cames —es va passar pensativa una mà per la papada—. Estàs fart que et tractin com un nen.

»El que no entenia el que passava era jo. Era clar que no havia mort, perquè allà no hi havia preciosos àngels de sexe femení, amb portalligacames i talons d'agulla, tal com prometien. Però aquesta dona m'havia llegit amb nitidesa els pensaments, havia tingut accés a les dades que pul·lulaven pel meu compartiment cerebral.

»Cada cop hi havia més gent al meu voltant. L'home i la dona els anaven animant que em toquessin.

»—És com estar tancat en una presó. El teu cos és una presó; la teva carn i els teus ossos, els barrots. Ara entenc com és de dur no poder gratar-se ni el nas— va dir un jove amb cara d'escolà.

»Vaig assentir.

»—És injust. Cap persona no hauria de passar per aquestes malalties tan cruels. Quina tortura més retorçada és que et vagin xuclant l'energia d'aquesta manera— va apuntar una jove que m'havia palpat amb les seves mans de pianista.

»Vaig tornar a assentir.

»Alguna cosa estranya i fantàstica passava. A causa d'un misteriós mecanisme, s'havia creat un pont a través del qual el magma de les meves emocions sortia del meu cos, traspassava la seva membrana cutània i es fusionava amb el seu sistema nerviós. Segons semblava, quan la gent em tocava arribava a sentir el mateix que sentia jo. Vaig mirar a un costat i a un altre per veure on estava amagada la càmera oculta. No era una broma.

»Em sentia despul·lat, exposat, però també reconfortat. Jo, que havia fet diversos cursos de comunicació i idiomes tractant d'explicar els avatars de la meua geografia interior, amb resultats inútils i pobríssims, em trobava ara que, sense obrir la boca, la gent em comprenia. Al·lucinava. Era un saborós moment màgic. Hi havia gent que es portava les mans al cap, lamentant-se per la seva miopia; es fregaven els ulls i m'abraçaven. Havíem descobert que estàvem units per un consistent cordó umbilical.

»Així va ser com va néixer el primer cercle de guerrillers, l'embrió d'una petita revolució. A partir de llavors vaig deixar de vestir de vermell.

»A poc a poc el contagi sobrenatural es va anar estenent al llarg de l'illa. Vaig recuperar amics, amics que em van portar altres amics. Antics col·legues que passaven per davant de casa meua i que m'havien eliminat asèpticament de les seves vides, pujaven a veure'm.

»—Si m'ocorregués alguna cosa així a mi, no suportaria no poder sortir i perdre el contacte amb els altres. Tu ets el de sempre— declaraven. Jo els beneïa i els convidava que destapessin ampolles de xampany.

»Va ser en aquests dies quan vaig cancel·lar també la meua matrícula per estudiar japonès. Ja no calia.

»En un tres i no res, l'Ajuntament va suprimir totes les barreres arquitectòniques de la ciutat; ens van oferir, tant a mi com a tot aquell que ho necessités, la imprescindible ajuda per desenvolupar la nostra autonomia personal. Ens van alliberar de les cadenes que ofegaven les nostres famílies. Per primera vegada en la història de l'illa, tots els partits polítics van acudir amb idèntic programa social. Tots estaven d'acord que la prioritat ara eren les persones. Bé, abans deien que hi estaven, ara actuaven de debò.

»La meva illa es va convertir en un petit focus de llum, en un rar i insòlit oasi. La bellesa que quotidianament ens envolta va esclatar i va escampar el seu pol·len, que va fecundar els cors de la gent, transformant-los. Ara eren els països nòrdics els que venien aquí perquè els donéssim lliçons sobre drets i cohesió social. Com a conseqüència d'això a Menorca li van concedir diversos títols com el de Reserva de la Humanitat.

–Em sona molt això...– murmura la jove.

Detinc el meu relat i em fixo novament en ella. Té els llavis arquejats i unes gotes de suor li recorren el coll. Amb les mans dibuixa cercles a l'aire.

–Segueix– m'esperona.





–Aquesta metamorfosi va repercutir d'una manera fonamental en el meu ànim, i vaig trobar renovades forces per afrontar el dia a dia. Em trobava en un entorn òptim per mantenir a ratlla la malaltia. Aquell tall, aquell esquinç que m'havia infligit el mag aficionat, per fi va cicatritzar.

»Vet aquí que un dia vaig rebre una visita inesperada. S'anomenava Marta, vivia a la península, i em va contar que havia perdut un fill víctima d'una d'aquestes malalties. Em va dir que continuava col·laborant com podia per recollir fons per a la investigació. Em va impactar. Era humà i comprensible no voler tornar a saber res més després d'haver passat per un tràngol tan extrem, però havia quedat tan marcada, se sentia tan pròxima al dolor aliè, que no volia que ningú més tornès a passar pel mateix infern.

»Jo era conscient que la investigació era l'únic que podia salvar-me, però fins llavors pensava que això era responsabilitat d'altres. Malauradament, pel fet de no ser malalties estrella que interessin a la indústria farmacèutica no hi ha una altra opció que d'arromangar-nos i empènyer nosaltres també si volem veure algun dia la llum al final del túnel.

»Quan em va besar a la galta, quan els seus llavis van fregar-me la pell, vaig comprendre com eren de vigoroses les seves motivacions. I llavors vaig sentir una flamarada, i la closca del meu món es va obrir. En vaig veure d'altres com ella, repartits per tot el planeta. Històries impressionants, de gent anònima, de gent que batallava en silenci i molts cops en solitari contra aquests monstres insaciabls. Vaig conèixer el relat de Pat, al capdavant d'una associació de distròfia muscular malgrat que aquesta maleïda malaltia li havia arrabassat els seus dos fills, o el testimoni de Nuria que, encara que al seu marit se l'havia portat l'esclerosi lateral amiotròfica, continuava aportant la seva quota anual per a la recerca d'un tractament. Grans d'arena lluminosos i referencials, dispersos per tot l'orbe terrestre. Formiguetes compromeses amb el progrés de la nostra espècie. Forjadors d'esperança.

»Aquest dia vaig ser travessat per un segon llamp. Aquest va ser el que em va remoure i em va tocar més endins.

»–Nosaltres també hem d'intentar fer alguna cosa– em van manifestar els meus camarades quan els vaig explicar el que havia passat.

»Vaig arrugar el nas, em va estranyar que s'hi volguessin implicar tant. Quan els vaig preguntar a què es devia la seva motivació em van respondre, trenta homes i dones a l'uníson, que eren molt conscients de com n'estaven d'exposats a patir la maçada d'alguna d'aquestes malalties. De fet, havien calculat que estadísticament tard o prest els tocaria a algun d'ells o a algú pròxim. Per això invertir en investigació en el fons era invertir en ells mateixos. Llavors ho vaig veure clar: havia oblidat que en la meua comunitat

feia temps que s'havia dissolt aquesta barrera il·lusòria entre tu i jo, entre nosaltres i vosaltres.

»Així doncs, ens vam posar fil a l'agulla. De tant en tant organitzàvem algun concert, o el sorteig d'una panera de Nadal, o un esdeveniment esportiu... Activitats diverses per recaptar alguns diners. No era gaire, però entre tots, una gota d'aquí i d'allà, anàvem engrossint l'artèria global. I encara que estàvem satisfets i no podíem esprémer més la gent, també és cert que no aconseguia dissimular la immensa frustració que sentia en veure com la vida d'afectats que coneixia s'anava apagant i consumint, igual que la meua, que cada dia que passava estava més amenaçada. La ciència avança, però exasperadament lenta en comparació amb el breu temps vital de què disposem els afectats.

»—Tot seria molt més fàcil si s'organitzés des de dalt. Només amb els 42 milions d'euros que costa, per exemple, un F-18, un avió de combat dels més senzillats, ja en tindríem prou per cobrir durant anys la investigació d'aquesta o altres malalties— em va amollar un amic erudit.

»Vist així, com de relatiu em semblava el valor de les coses, com d'allunyat em sentia d'aquells que claudiquen davant aquesta aberrant escala de valors. Quant costa salvar vides? Quin preu li posem? Potser menys dels 136 milions d'euros que es malgasten per construir un aeroport en què creix l'herba perquè no s'utilitza?

»L'aportació dels particulars era imprescindible perquè la investigació no s'aturés, però per donar un salt qualitatiu es requereix de la implicació dels governs. Només ells tenen la capacitat de manejar sumes considerables de diners.

»—Per què no li comentes al president del Govern? He sentit que ve de vacances a l'illa la setmana que ve— va suggerir en Perico "es Xafarder". Quan les riallades es van emmudir, vam començar a pensar—hi, i no ens va semblar tan desgavellada la idea. Al cap i a la fi era una bona ocasió per posar a prova el meu do. Potser funcionaria.

»Érem un grupet insignificant, però sospiràvem perquè la unió dels nostres anhels poguessin influir i canviar les lleis, les prioritats del Govern. I si canviàvem les lleis, potser podria canviar el futur de milers de vides. Si aconseguíem implicar seriosament el Govern, ja no avançaríem gota a gota, sinó que ho faríem volant sobre una gran onada. Com més diners s'hi invertissin, més projectes d'investigació es podrien engegar, i, per tant, més probabilitats de trobar abans un tractament.

»Reconec que em feia vergonya presentar—me davant el president. Tenia molts dubtes sobre si el pla podria funcionar. I com arribar fins a ell? Amb quina excusa entabanar—lo? Ens van delatar que els dijous a la tarda anava a jugar a tennis. Un amic se les va enginyar per fer—li arribar l'encàrrec que havia trobat un rival adequat per a ell, algú que estava disposat a deixar—se guanyar...

»—No tens pinta de jugador de tennis— em va dir escrutant—me de dalt a baix quan em vaig presentar davant ell. El prohom anava vestit amb el clàssic uniforme blanc: samarreta i pantalons curts, mitjons fins als genolls, dues canelleres, i sostenia impacient una raqueta. Mantenia la distància. Estava situat a uns metres de mi, fent rotacions de maluc com a exercici d'escalfament.

»—Estic lesionat— li vaig aclarir.

»Ni es va immutar, no va entendre la bufonada. Seria una missió complicada.

»De sobte, sense donar—me temps a reaccionar, va fer unes passes cap a mi i em va col·locar una mà sobre l'espatlla. Va comentar que ja que era allà podíem fer—nos una foto junts. Per fi. Ja estava. Vaig somriure i me'l vaig mirar, però no vaig percebre en el seu semblant granític i canós cap símptoma de la transformació. A continuació em va passar una mà pel cap, però va seguir sense passar res. Llavors me'n vaig adonar: portava guants. Guants de llana tèrmica assaonada al crom amb doble recobriment d'escuma de nitril en ple estiu. Vaig empal·lidir, i el terra va tremolar. Degué adonar—se que em faltava l'aire, ja que es va justificar dient—me que tenia la pell molt delicada. La costa s'empinava.

»Vaig haver d'improvisar una estratègia d'emergència.

»—No puc jugar a tennis, però li proposo un altre joc: el de les endevinalles.

Cada cop que un de nosaltres falli, es traurà una penyora— el vaig reptar. Crec que no li va fer gaire il·lusió. Va tòrcer la boca, va rondinar, però va acabar acceptant a contracor. Probablement no volia semblar un covard davant algú com jo. Va fer mitja volta i es va separar uns metres. Ens vam situar novament un davant l'altre, com dos vaquers.

»—Com s'anomenen les substàncies químiques que alliberem en somriure?— vaig disparar primer.

»—No ho sé— va contestar. Va llançar al terra la raqueta i va fer una passa cap a mi. Havia arribat el seu torn.

»—Quants diputats hi ha al Congrés?— em va preguntar.

»—Ni idea.

»Llavors va manar a un dels seus guardaespalles que em tragués la samarreta.

»Vam intercanviar uns cops en forma de preguntes i respostes. Cap dels dos no encertava les qüestions que li plantejava l'altre. Ens anàvem despullant, l'ambient es caldejava. Vaig quedar aclaparat en descobrir al pit depilat del president el tatuatge de l'ós Iogui muntat sobre una bicicleta. Feia la sensació que accelerava el pedaleig quan el polític contreia els pectorals. Cada cop que el president fallava, feia una altra passa cap a mi. Jo feia el propi recorrent el tram amb la cadira de rodes. El nostre líder no va saber dir-me qui va escriure *L'home a la recerca de sentit*, ni per què els ocells canten cada matí, ni quina és la raó per la qual els gira-sols s'orienten cap al sol. Jo ignorava quins factors intrínsecs influeixen en el dèficit fiscal o com afecten els impostos indirectes al producte interior brut, i, molt menys, quina relació hi ha entre la inflació i els béns tangibles.

»Sobtadament, quan ja estàvem ben a prop l'un de l'altre, quan podia sentir el seu alè i havia aconseguit, per fi, que es despregués dels maleïts guants, algú ens va interrompre.

»—Es pot saber què fas? — li va cridar la seva dona. Tenia els punys estrets i l'escuma rabiosa que se li havia format al voltant dels llavis li rajava fins al terra.

»—No és el que sembla— va tractar de defensar-se ell, tapant-se com va poder.

»—On dimonis són els guants? No et va advertir el servei secret que no t'acostassis a ell en cap concepte?— Estava encesa, les costures del vestit pantaló de Dolce & Fabana estaven a punt de rebentar.

»Se'm van encendre les alarmes. La missió perillava. Calia jugar-se-la com fos. Ho tenia tan a prop..., a penes a uns centímetres. Només si hagués pogut estirar una mica els braços l'hauria tocat. Però feia ja temps que els meus braços havien estat colonitzats també per la malaltia, i jeien inerts com si fossin de ciment.

»—Senyor president— vaig alçar els ulls cap a ell—, m'agradaria demanar-li que em toqui, només un cop. Sé que sona estrany, però només amb paraules no podré arribar al lloc on està situat vostè— vaig posar cara de primera comunió—. Vinga, intenti-ho, converteixi's en el nostre aliat... i la ciència farà un salt de gegant.

»Vaig distingir el dubte ballant als seus ulls. La seva expressió, entre sorpresa i empipada, es va flexibilitzar una mica. Em va confessar:

»—Crec que si ho faig hauria de replantejar-me moltes coses. Masses; meves i del Govern. I, francament, no em sento amb forces per fer-ho. No vull ficar-me en embolics.

»La seva dona va tornar a llançar un crit ensordidor. Darrere seu, van aparèixer uns homes uniformats de negre. Ens van envoltar. Intimidats, els guardaespalles del president van alçar les mans i es van fer endarrere. Dos d'aquests homes enigmàtics, amb els rostres circumspectes llepats per la gomina, van agafar el president pels colzes.

»—Els no ho permetran mai — va murmurar el president, capficat.

»—Té raó, no ho permetrem— va dir ella fulminant-me amb la mirada —. Fora d'aquí.

»En aquell moment vaig ser conscient que era ella la que realment portava els pantalons, i que a la vegada estaven al servei d'un poder encara major. Eren titelles al servei d'Interessos Tèrbols SA.

–Havia sentit rumors sobre la seva crisi matrimonial, però no vaig imaginar mai... que aquesta tercera persona fossis tu– em comenta la jove amb la boca oberta.

–Ja ho veus... –m'enrogeixo. Agafo aire: una, dues, tres vegades. –Havíem anat massa lluny – prossegueixo– , i el Govern en l'Ombra no estava disposat a tolerar–ho. A partir de llavors es va valer de tota mena d'estratagemes per contrarestar l'embruixament del llamp, per dinamitar la coalició, per segar aquests llaços de camaraderia que havíem creat. Davant les seves amenaces i suborns molts simpatitzants van desertar, van tornar a amagar–se a la cova del seu ego, reduint l'angle de la visió de la realitat al que només tenien davant del nas.

»A la meva illa, van tornar a estrènyer les voreres i a cavar una fossa permanent al voltant de casa meva. Em van retirar qualsevol mena d'ajuda que em fes la vida més fàcil. Van suprimir el meu telèfon de la guia telefònica. Segons les últimes informacions, fins i tot estan considerant posar un cademat a la meva porta.

»Em sotgen, em persegueixen, em vigilen. Tenen els seus temibles homes de negre, experts en arts marcial, amagats als matolls o apostats a les cantonades, i cada cop que algú se m'acosta surten per aterrir–lo. El grup s'ha reduït, és cert, però continua sent molt valuós i treballa intensament. Continuem batallant contra tants elements que tenim en contra, contra els gèlids murs de la indiferència que ens impedeixen connectar amb l'altre i bloquegen el progrés.

La jove, que ha anat escalant i està asseguda a uns pams de mi, s'ha menjat sense cap tipus d'embuts ja gairebé tots els bombons, fins i tot els de licor.

–És una història increïble, difícil de creure...– em diu.

Sospiro. Sé que ho és. També sóc un apassionat de les històries increïbles, li posen una mica de sal a la vida. Torno a deixar vagar la vista cap a la mar. Em pregunto si tornaré a veure aquesta roca que té forma de sirena, i que en el cru hivern aguanta estoica les investides de les onades.

Em sento vell, però vull continuar lluitant. Molt llunyans em queden aquells somnis d'infància de convertir–me en atleta o viatger; potser també el

d'estimar i ser correspost. Ja tinc problemes respiratoris i només puc moure una mica els dits d'una mà. És l'únic moviment corporal que em queda. Tinc por. El meu enemic m'ha anat devorant, sepultant-me amb la seva verinosa negror, però encara queden porus en mi a través dels quals la vida i l'esperança, tan fines i subtils elles, es van colant. Donaria el que fos per poder veure la fi d'aquesta i altres malalties, faria una festa molt sonada. Després de quaranta anys de supervivència, continuo desitjant, exactament com el primer dia, saber què se sent en guanyar força, encara que només fos durant un dia, unes hores, una estoneta... Una estoneta, sí, em conformo ja amb una estoneta.

–He de marxar– m'anuncia ella. Els turistes escampats per la platja també van emprenent la tornada, carregats de trastos i amb les espatlles envermellides.

La jove s'aixeca, s'acomiada de mi i fa unes passes cap a la sortida del mirador. Observo com se'n va, els seus passos lleugers, resolta a difuminar-se en el laberint dels seus propis afers. Em pregunto quines seran les seves il·lusions, què espera de la vida i del futur.

De sobte, quan ja no m'ho esperava, es deté, es gira i torna sobre els seus passos. El cor em martelleja el pit. S'asseu aferrada a mi. Aspiro la seva aroma de sàndal i se m'encén la pell. Tracto de dir-li alguna cosa, però em mana callar emportant-se un dit als llavis. Ara són els seus ulls color mel els que volen parlar-me. Llavors em somriu, s'acomoda en el respatllet del banc, i m'agafa amb força la mà.

Autor: José Antonio Fortuny

## THE OTHERS

**Traducción: Lluís Fernández**

Perhaps this will be my last summer. I cannot help thinking whether it will be the last time I see the sea.

I power up with difficulty the wheelchair command and I get closer to the bench. From this lookout an outstanding view of the sandy area surrounded by dense pine woods can be enjoyed. To the end, perpendicularly, a cliff spreads out. A man plugged to his headphones runs by the beach shore; a couple sitting on the white, smooth sand stares to the turquoise water. The sky is adorned of orange; the solar disc gets ready to dive in the placid sea.

I carry a box of bonbons on my thighs. I notice that, at the other end of the bench, a young woman with a wavy and coppery hair that falls upon her shoulders is sitting down. She is in a tank top with watercoloured polka-dots of thousand tones. She glances at me sideways.

I am a beauty hunter and an expert in tasting the present. With both elements I make an efficient poultice that helps me fight horror.

A child shows up before me. He looks up and down at me with the eyes wide open; stretches out a hand and, staggering, steps forward to me. Before making contact, his mother bursts in from his back, grabs his arm and drags him so violently that it seems she is going to disjoin him. She tells him off and the boy starts crying. I perceive how the young woman of the bench sees the scene. Each of us on our side tries to take in the tension, playing the lost-in-thought. I swallow saliva. Some seconds later, I say aloud:

"One day, the Premier was about to touch me. If he had done it, perhaps everything would have changed". There is a tone of compunction in my voice.

"Do you know the Premier?" The girl places her hair behind her ear softly. Her face is oval and one of her wrists is bejeweled with some bracelets; from her ears hang long and garish earrings.



"A bit".

In the distance, a sailing boat crosses the waters with its sails spread out. I can hear the caw of a gull flying over us. Upon a rock, a man sets his fishing rod.

"I have never known what it is to gain strength. I was diagnosed an illness called spinal muscular atrophy when I was some months old. I began to fall and walk badly; I got tired soon. I envied the kids who could run... And I couldn't.

»At those times, I dreamt of becoming a football player or an aviator. I loved playing and being with the rest of the kids till the supper got cold and our mothers had to come to pick us, dirty and with skinned knees. My first efforts were focused on trying that the illness determined my life as little as possible. It was a limiting and annoying circumstance, but I tried to be one more.

»One day, when I was a teenager, just a little before not being able to walk, we went to see a show. A magician in a top hat and black cloak chose me among the audience to take part in a performance. He put me in a rectangular box, grabbed a noisy chainsaw, and with theatrical gestures he pretended to cut me in half. When he put me back together, successfully apparently, I told the man that something had gone wrong. Anguished, I felt repeatedly my abdomen and insisted that he had actually torn me. The man laughed at this. However much I protested, nor he believed me neither they gave me back the money of the ticket.

»From then on, I felt how the disconnection with the others revved up. We branched off; the breach that separated us was getting more worrying by the day. They didn't understand me or they misinterpreted me. The communication code didn't work. To try and make myself understood better, I began to study languages. As I also had the impression that they didn't see me, I started to dress in lurid colours. From head to toes in red, preferably.'

A soft breeze blows soothing the evening's hot. I turn my head; the girl looks at me with interest. Her eyes are almond-shaped and her slender crescent-shaped earrings are dangling. She has her legs crossed and her hands rest on her jeans.

"An evening when I went for a walk," I go on, a frightening storm broke. I tried to get shelter, but while I was trying to run away... I was struck by a lightning. A man ran to help me, screaming and taking puzzled looks to the sky. 'Santa has fallen! Santa has had an accident!' I was lying on the ground, half unconscious. The wheelchair had been destroyed, upside-down; a wheel was rolling by the meadow and a column of smoke was getting out the seared motor.

»When he grabbed me, the man swore and sprang backwards. He looked astonished at his hands and ran away terrified. Some instants later, he came back with a middle-aged woman. She crouched and, with that squeaky voice that annoys me so much and pinching me a cheek, asked me: 'Are you alright, dear? Where is your father?'

»Her reaction when she touched me was the same as her partner. She quickly moved her hand away, as if she had electrocuted, and her face transmuted. Her voice changed drastically; it got serious and as deep as a baritone's. She said: 'I understand. You shave and have hair in your legs – she pensively stroked her jowls – You're up to your neck of being treated like a child'.

»Who didn't understand what was going on was me. It was clear that I hadn't died, because there were no gorgeous female angels in suspenders and stilettos, as they promised. But that woman had clearly read my mind; she had accessed the data which seethe in my cerebral compartment.

»There were more and more people around. The man and the woman were encouraging them to touch me.

»It is like being in jail. Your body is a prison; your flesh and bones, the bars. 'Now I understand how hard is not to be able to scrape your own nose', said a boy with altar boy face.

»I nodded.

»'It's not fair. Not a single person should have these terrible illnesses. What a torture is that they go soaking up your energy this way!' said a girl who had palpated me with her hands of pianist.

» I nodded again.



»Something strange and fantastic was happening. Due to a mysterious mechanism, a bridge through which the magma of my emotions was getting out of my body had been created; it was going through the cutaneous membrane of the others and fused with their nervous system. It seemed that when people touched me, they could feel the same I was feeling. I looked sideways to see where the hidden camera was. It was no joke.

»I felt naked, exposed, but also comforted. I, who had taken some courses on Communication and Languages trying to explain the ups and downs of my inner geography with useless and very poor outcomes, was finding myself seeing that without opening the mouth, people could understand me. I was hallucinating. It was a tasty magic moment. There were people who put their hands on their heads, regretting their myopia. They rubbed their eyes and they hugged me. We had found out that we were linked by a consistent umbilical cord.

»This way was how the first guerrilla circle was born; the germ of a little revolution. Since then I stopped wearing red.

»Little by little, the supernatural contagion spread around the island. I got back in touch with friends, friends who brought me other friends. Former mates who'd pass by my home and who had erased me aseptically from their lives came up to see me.

»'If it happened to me, I couldn't stand not getting out and lose contact with the others', they stated. I blessed them and invited them to uncork the champagne bottles.

»It was on these days when I also cancelled my enrolment to study Japanese. It wasn't necessary anymore.

»In a flash, the town council removed all the architectural barriers of the town; they offered to me to and anyone who may need it, the essential help to carry out our personal autonomy. They freed us from the chains that were suffocating our families. For the first time in the island's history, all the political parties came with an identical social program. They all agreed that the priority now were the persons. Well, before they said so, now they really acted.

»My island, Minorca, became a little spotlight, a rare and incredible oasis. The beauty that usually shrouds us hatched out, spreading its pollen to impregnate people's hearts, transforming them. Now, it was the Nordic countries which came here to take lessons on rights and social cohesion. As a consequence, Minorca received some titles, like 'Biosphere Reserve'".

"It sounds me much..."The girl mutters.

I stop my story and I look at her again. She has her lips arched and some sweat drops are going through her neck. With her hands, she draws circles in the air.

"Go on", she spurs me.

"This metamorphosis affected in a fundamental way on my mood and I found renewed strengths to face the day to day. I was in an optimal environment to keep the illness at bay. That cut, that rip that that magician amateur had inflicted me, had finally healed.

»Meanwhile, one day I received an unexpected visit. Her name was Marta; she lived in the peninsula and she told me that she had lost a son, victim of one of these illnesses. She said that she kept collaborating as she could to raise funds for investigation. It shocked me. It was human and understandable not to want to know anything else after having gone through such an extreme trance, but it had left such a mark on her, she was so close to other people's pain, that she didn't want anybody to go through the same hell.

»I was aware that the investigation was the only thing that could help me, but, until then I thought it was other people's responsibility. Unfortunately, not being a 'star' illnesses that gets the interest of the pharmaceutical industry, there's no other chance than roll up our sleeves and also push if we want to see light at the end of the tunnel someday.

»When she kissed me on the cheek, when her lips caressed my skin, I understood how strong her motivations were. And then I felt a flash, and the shell of my world opened. I saw others like her, scattered around the planet. Impressive stories, from anonymous people, from people who fought in silence and many times alone these insatiable monsters. I knew Pat's story, the head of an association of muscular dystrophy, or Nuria's testimony, who although his husband had passed away because of amyotrophic lateral sclerosis, she still paid her annual fee for the quest of a treatment. They were gleaming, referential sand grains, spread out on the terrestrial globe. Little ants committed with our species' development. Hope makers.

»That day I was pierced by a second lightning. This was the one that stirred me up and touched me deeper.

»'We too must try and do something', my pals declared when I explained them what had happened.

»I knit my brows; it was odd that they wanted to get involved so much. When I asked which was the cause of their motivation, they answered – thirty men and women in unison – that they were well aware of how much they

were exposed to suffer the blow of some of these illnesses. In fact, they had calculated that statistically sooner or later it was going to go to them or to someone closely related. Therefore, investing in research, in essence, was to invest in themselves. Then I saw it clear; I had forgotten that in my community it had been so long since that that illusory barrier between 'you' and 'I', 'we' and 'you' had dissolved.

»So, we got down to business. From time to time we organized a gig, or a Christmas Gift Box's raffle or a sport event... They were varied activities to raise some money. It wasn't much, but together, a drop from here and there, we were swelling the global artery. And although we were satisfied and we couldn't squeeze the people anymore, it is also true that not even this way I could hide the huge frustration I felt when I saw how the life of affected people I knew was fading away, the same way mine was: more threatened by the day. Science advances, but exasperatedly slowly compared to the vital time that the affected ones have.

»'Everything would be easier if it was organized from the top. Only with the forty-two million euros that costs, for instance, an F-18, one of the simplest fighter planes, we could have enough to cover for years the research on this or other illnesses', blurted out an erudite friend.

»Seen this way, how relative seemed to me the value of things; how far away I felt from those who give in to this aberrant scale of values. How much is it to save lives? What value do we place on it? Is it perhaps less than the one-hundred-thirty-six million euros that are wasted to build an airport in which the grass grows because they don't use it?

»The economic support of individuals was essential so the research didn't stop, but to take a qualitative leap, we require the involvement of governments. Only they have the ability to manage considerable sums of money.

»'Why don't you mention it to the Premier? I've heard that he is coming on holidays to the island the next week', suggested "Nosy" Pepe. When the laughter quietened, we started to give the idea a further thought, and it didn't seem so daft. After all, it was a good chance to test my gift. Perhaps it could work.



»We were an insignificant gang, but we yearned for the merger of our wishes to be able to have influence and change the laws, the priorities of the government. And if we changed the laws, perhaps the future of thousand lives could change. If we managed to involve seriously the government, we wouldn't progress drop by drop, but surfing a great wave. The more money is invested, the more investigation projects could start up, and therefore, more chances to find a treatment before.

»I acknowledge that I was ashamed to show up before the Premier. I had many doubts on whether the plan could work or not. And, how to get to him? Which excuse to bring him round? We were told that on Thursday he was going to play tennis. A friend managed to make him receive the notice that he had found a proper rival for him, someone who was ready to let him win.

»‘You don’t have the look of a tennis player’, he said, scrutinizing me from top to bottom when I showed up. The leader was in a classical white uniform: t-shirt and shorts, socks to the knees, two wristbands, and was holding impatiently a racket. He was keeping the distance. He was some meters far away from me, doing some hip rotations as warming-up.

»‘I’m injured’, I explained.

»He didn’t even perturb; he didn’t understand the farce. It was going to be a hard mission.

»Suddenly, without giving me time to react, he took some steps towards me and placed his hand on the shoulder. He said that since I was there, we could take a picture together. Finally. It was done. I smiled and looked at him, but I didn’t feel on his granitic and greying expression any symptom of transformation. Next, he caressed my head, but it didn’t happen anything. Then I realized: he was wearing gloves. Thermic woolen, chrome-hardened and with a double layer of nitrile gloves; in midsummer. I turned pale and the ground trembled. He had to notice that I couldn’t breathe, because he justified himself saying that he had a very delicate skin. The slope turned steeper.

»I had to improvise an emergency strategy.

»‘I can’t play tennis, but I suggest other game: riddles. The one who misses, takes off a piece of clothing,’ I challenged him. I think he wasn’t so excited. He twisted his mouth, grumbled, but just accepted reluctantly. Probably, he didn’t want to seem a coward in front of a bloke like me. He turned around and got away some meters. We placed ourselves again face to face, like two cowboys.



»‘What’s the name of the chemical substances that we release when we smile?’ I shot.

»‘I don’t know,’ he answered. He dropped his racket and took a step towards me. It was his turn.

»‘How many Members of Parliament are there?’ he asked me.

»‘No idea’.

»Then, he sent one of his bodyguards to take me off the shirt.

»We exchanged a few blows in the form of questions and answers. None of us got it right with the questions that the other asked. We were undressing; tempers flared. I got stunned when I found out on the shaven chest of the president the tattoo of Yogi Bear riding a bicycle. It seemed that it revved up pedaling when the politician tightened his pectorals. Every time the Premier missed, he took a step towards me. I did the same going the distance with my wheelchair. Our leader couldn’t tell me who wrote *‘The man in search of meaning’*, nor why birds sing every morning, neither the reason why sunflowers face the sun. I ignored what inherent factors affect to fiscal deficit or how do affect indirect taxes to the Gross Domestic Product and, even less, which is the relationship between inflation and tangible goods.

»Unexpectedly, when we were very close each other; when I could feel his breath and I had made him, at least, take off his bloody gloves, someone cut us off.

»‘What are you doing?’ yelled his wife. She had the fists clenched and the rage froth that had formed around her lips was dripping to the ground.

»‘It isn’t what it seems,’ he tried to defend himself, covering himself as he could.

»‘Where the hell are the gloves? Didn’t the Secret Service warn you not to get close to him under any circumstances?’ She was burning; the seams of her Dolce & Fabana pantsuit were about to snap.

»All the alarms went off. The mission was in danger. I had to take the risk anyhow. He was so close... hardly some centimeters. If I only could have

stretched out the arms I'd have touched him. But it had been long since my arms had been colonized by the illness and laid motionless as if they were of cement.

»'Mister Premier,' I lifted my eyes to him, 'I'd like to ask you to touch me; only once. I know it sounds odd, but only with words I cannot get to where you are.' I pulled a 'First Communion' face. 'Come on, try, become our ally... And science will take a giant's leap.'

»I saw doubt dancing in his eyes. His expression, half amazed, half pissed off, got a little flexible. He confessed:

»'I think that if I do it, I had to reconsider many things. Too many; mine and of my government. And, frankly, I don't feel strong enough to do it. I don't want to get into trouble.'

»Her wife screamed deafeningly again. Behind her, some men in black came up. They encircled us. Intimidated, the Premier's bodyguards raised their hands and recoiled. Two of these enigmatic men, with their blank faces, licked by brilliantine, grabbed the Premier from the elbows.

»'They'll never allow it,' mumbled the Premier, dejected.

»'He's right, we won't,' she said, looking daggers at me. 'Get out of here.'

"At that moment, I got aware that it was her who really ruled and that, at the same time, they were at an even higher power's service. They were puppets commanded by Murky Interests Inc."

"I had heard rumours about his marriage crisis, but I never imagined... that that third person was you, "says the girl open-mouthed.

»You see..."I blush. I take air: once, twice, three times. "We had got too far, "I go on. "And the Shadow Government wasn't willing to tolerate it. From then on, she made use of any kind of ruses to counteract the lightning's spell; to blow up the alliance; to cut off the comradery bonds that we had set up. Due to the menaces and briberies, many supporters withdrew; they came back to huddle in their ego's cave, reducing their line of vision of reality to only what they had in front of their noses.

»In my island, they narrowed the sidewalks and dug a permanent trench around my house again. They removed any kind of help that made my life easier. They erased my telephone number from the phone list. According to the last information, they are even considering to put a padlock on my door.

»They stalk me, chase me and monitor me. They've got their frightening men in black; experts in martial arts, hidden in the bushes or set round the corners and, anytime that anyone gets close to me they get out to scare them. The group has reduced and got skimmed off, it's true, but it's still very valuable and works hard. We still fight the many elements against us; the walls of indifference that prevent us to link with the others and block any progress.'

The young woman, who has been bringing herself over and is sitting some inches from me, has openly eaten almost all the bonbons, even the liquor-filled ones. "It's an incredible story; hard to believe..."She says.

I sigh. I know it is. I also am passionate about incredible stories; they put on some salt and pepper to life. I bring back my eyes drift to the sea. I ask myself if I will ever see that mermaid-shaped rock that in the harsh winter withstands unmoved the onslaughts of waves.

I feel old, but I want to keep fighting. Those childhood dreams of becoming an athlete or a traveler are so far away; maybe also that of loving and being loved. I already have breathing problems and can only move a little the fingers of one hand. It's the only remaining body motion. I am afraid. My enemy has been devouring me, burying me with its poisonous blackness, but there still are pores in me through which life and hope – them so thin and subtle – are seeping in. I would give anything to see the end of this and other illnesses; I would give a much talked-about party. After forty years of survival, I still wish, exactly like the first day, to know what it feels to gain strength, even though it were only a day, some hours, a little while... A little while, yes, I already am content with a little while.

"I must leave, "she says. The tourists scattered by the beach start getting back, carrying their junk and with the backs reddened.

The young woman gets up, says her farewell and takes some steps towards the overlook's exit. I see her walk away; her easy footsteps; she is ready to

fade in the maze of her own issues. I wonder which her dreams are; what she hopes from life and future.

Unexpectedly, when I did not expect it, she stops, turns around and comes back. My heart is pounding. She sits down right next to me. I can breathe her scent of sandal and my skin burns. I try to tell her something, but she makes me shut my mouth taking a finger to her lips. Now, it is her honey-coloured eyes who want to speak to me. Then, she smiles, settles herself on the back of the bench and grabs my hand very tight.

## LES AUTRES

**Traductrice : Margarida Llabrés Rotger**

Ceci sera, peut-être, mon dernier été. Je ne peux pas m'empêcher de me demander si ce sera la dernière fois que je verrai la mer.

J'actionne, non sans difficulté, la commande du fauteuil roulant et m'approche du banc. De cet endroit surélevé on peut profiter d'une vue extraordinaire sur la magnifique étendue de sable bordée d'une épaisse pinède. Un homme branché à des écouteurs court au bord de la mer; un couple assis sur le sable fin et blanc contemple les eaux turquoise. Le ciel s'habille d'orange, le disque solaire s'apprête à plonger dans la mer paisible.

Sur mes cuisses est posée une boîte de chocolats. Soudain, j'aperçois à l'autre bout du banc une jeune femme aux boucles auburn qui lui tombent sur les épaules. Elle porte un débardeur décoré de cercles à l'aquarelle de mille et une couleurs. Elle me regarde un bref instant du coin de l'œil.

J'aime les belles choses et savoure le présent. C'est avec ces deux éléments que je fabrique un remède efficace pour m'aider à combattre les horreurs.

Un garçon surgit alors devant moi. Il me regarde de haut en bas avec de grands yeux, il tend une main et, hésitant, il fait quelques pas vers moi. Avant que le contact ne s'établisse, sa mère fait irruption par derrière, lui attrape le bras et tire dessus si violemment que j'ai cru qu'elle allait le lui déboîter. Elle le gronde et le petit commence à pleurer. Je sens que la jeune femme du banc assiste à la scène, abasourdie. Comme si de rien n'était et chacun de son côté, nous essayons de digérer la tension qui s'est créée. J'avale ma salive. Au bout de quelques secondes, je me mets à parler :

- Une fois, le chef du gouvernement a failli me toucher. S'il l'avait fait, peut-être que tout aurait changé – dis-je d'une voix attristée.

- Tu connais le chef du gouvernement ? – la jeune femme se coince délicatement les cheveux derrière l'oreille. Son visage est ovale et un de ses

poignets est décoré de bracelets ; de longues et voyantes boucles pendent à ses oreilles.

- Un peu.

A l'horizon, un voilier fend les eaux, ses voiles blanches déployées. J'entends le cri d'une mouette volant au loin. Sur un rocher, un homme prépare sa canne à pêche.

Je n'ai jamais su ce que ça faisait de se muscler, de devenir plus fort. On m'a diagnostiqué une maladie connue sous le nom « d'atrophie musculaire de la moelle épinière » quand je n'avais que quelques mois. Je me suis mis à tomber et à mal marcher, je me fatiguais très rapidement. J'enviais les enfants qui pouvaient courir... alors que moi ...

» À cette époque-là, je rêvais de devenir joueur de foot ou aviateur. J'adorais jouer et passer du temps avec les autres enfants jusqu'à ce que le dîner commence à refroidir et que nos mères viennent nous chercher, et que nous soyons tout sales et nos genoux écorchés. J'ai tout fait au début pour que la maladie ne devienne pas un fardeau pour moi, du moins, dans la limite du possible. La maladie se présentait certes comme une donnée contraignante et épuisante mais j'essayais d'être comme les autres enfants.

» Un jour, quand j'étais encore adolescent, peu avant que je ne puisse plus marcher, nous sommes allés voir un spectacle. Un magicien avec un chapeau haut-de-forme et une cape noire m'a choisi parmi tous les spectateurs pour participer à son numéro. Il m'a mis dans une boîte rectangulaire, il a actionné une tronçonneuse et avec des gestes théâtrales, il a fait comme s'il me coupait en deux. Quand il a eu fini son numéro, je lui ai dit que quelque chose ne s'était pas bien passé. Angoissé, je me suis touché à plusieurs reprises le ventre et insistais sur le fait qu'il m'avait coupé pour de vrai. L'homme s'est mis à rigoler. Malgré mes plaintes, il ne m'a pas pris au sérieux et n'a pas voulu me rembourser mon ticket.

» J'ai alors su que l'écart entre les autres et moi se creusait. On s'éloignait, le fossé qui nous séparait devenait de plus en plus inquiétant. Ils ne me comprenaient pas, ou me comprenaient mal. Les codes de communication ne fonctionnaient pas. Afin de mieux me faire comprendre, je me suis mis à étudier les langues. Et vu que j'avais le sentiment d'être invisible, j'ai commencé à m'habiller avec des couleurs vives et voyantes. Des pieds à la tête, en rouge, de préférence.

Une brise légère souffle, rendant plus supportable la chaleur de l'après-midi. Je

tourne la tête, la jeune fille me regarde avec un certain intérêt. Ses yeux sont en amande, ses boucles d'oreilles stylées en forme de croissant oscillent dans un léger mouvement de va-et-vient. Elle a les jambes croisées, les mains posées sur son jeans.

- Un après-midi, je suis allé me balader – poursuivi – et une grande tempête s'est déchaînée. J'ai essayé de me mettre à l'abri mais, alors que je tentais de m'enfuir... un éclair m'a foudroyé. Un homme est venu me secourir, il criait et regardait bizarrement le ciel : « Père Noël est tombé, Père Noël a eu un accident !

». J'étais par terre, allongé, à moitié inconscient. Mon fauteuil roulant était détruit, renversé, une roue roulait au milieu des champs et une colonne de fumée sortait du moteur calciné.

» Alors qu'il me tenait dans ses bras, l'homme s'est mis à jurer et a reculé d'un bond. Il s'est regardé les mains avec stupéfaction et s'est enfui, épouvanté. Quelques minutes plus tard, il est revenu accompagné d'une femme d'un certain âge. Elle s'est accroupie, elle a pris ce ton de voix compatissant que je déteste profondément et tout en me pinçant la joue, elle m'a demandé :

»– Est-ce que tu vas bien, bonhomme ? Il est où ton père?

»Au moment où elle m'a touché, elle a eu la même réaction que son camarade. Elle a rapidement enlevé sa main, comme si elle venait de se faire électrocuter, et l'expression de son visage s'est transformée. Sa voix aussi a complètement changé, elle est devenue sérieuse et grave, comme celle d'un baryton. Elle m'a dit :

»– Je comprends. Tu te rases et tu as des poils aux jambes – elle s'est passé une main sous le menton, pensive. Tu en as marre d'être traité comme un enfant.

»Je ne comprenais pas ce qui était en train de se passer. Il était sûr et certain que je n'étais pas mort – je ne voyais pas de jolis anges de sexe féminin, avec porte-jarretelles et talons aiguilles, comme on nous le fait miroiter. Cette femme avait lu mes pensées tout à fait clairement, elle avait eu accès aux données qui emplissent les différents compartiments de mon cerveau.

»Il y avait de plus en plus de monde autour de moi. L'homme et la femme encourageaient les autres gens à venir me toucher.

»—C'est comme être enfermé dans une prison. Le corps est une prison ; la chair et les os, des barreaux. Désormais, je comprends mieux à quel point c'est dur de ne même pas pouvoir se gratter le nez – dit un jeune à l'allure d'enfant de chœur. »J'ai acquiescé.

»— C'est injuste. Personne ne devrait avoir à combattre des maladies aussi cruelles. Quelle torture que de se faire bouffer l'énergie de cette façon-là – dit une jeune femme qui m'avait frôlé avec ses mains de pianiste.





»J'ai acquiescé de nouveau.

»Quelque chose d'étrange et de fantastique était en train de se produire. Grâce à un mystérieux mécanisme venait d'être créé une espèce de pont par lequel le magma de mes émotions sortait de mon corps, transperçait la membrane cutanée et fusionnait avec le système nerveux des autres personnes. Il semble que quand les gens me touchaient, ils arrivaient à ressentir les mêmes sensations que moi. J'ai regardé à droite et à gauche, histoire de voir où était la caméra cachée. Mais non, ce n'était pas une blague.

»Je me sentais nu, exposé, mais aussi réconforté. Moi qui avais suivi plusieurs cursus en communication et langues afin d'essayer d'expliquer – avec de bien faibles résultats – les aléas de ma géographie interne, je me retrouvais maintenant avec des gens qui me comprenaient avant même que j'ouvre la bouche. J'hallucinai. C'était un savoureux moment, tout à fait magique. Certains se tenaient la tête entre les mains, se plaignant de leur myopie ; d'autres se frottaient les yeux et me serraient dans leurs bras. Nous venions de découvrir que nous étions reliés par un cordon ombilical particulièrement résistant.

»C'est ainsi qu'est né le premier cercle de guerriers, l'embryon d'une petite révolution. À partir de cet instant, j'ai arrêté de m'habiller en rouge.

»Petit à petit, une épidémie surnaturelle a commencé à s'étendre partout sur l'île. Je me suis fait des amis, des amis qui m'ont amené d'autres amis. D'anciens collègues qui m'avaient supprimé définitivement de leurs vies passaient désormais devant chez moi et s'arrêtaient pour me rendre visite.

»Si je souffrais de quelque chose du même genre, je ne supporterais pas de ne pas pouvoir sortir et de perdre le contact avec les gens. Tu n'as pas changé – déclaraient-ils. Je les bénissais et les invitais à faire sauter les bouchons de champagne.

» C'est aussi à cette période-là que j'ai décidé de me désinscrire de mes cours de japonais. Je n'en avais plus besoin.

»En un clin d'œil, la mairie a supprimé tous les obstacles physiques de la ville ; ils nous ont proposé, aussi bien à moi qu'à tous ceux qui en auraient

besoin, l'aide indispensable au développement de notre autonomie personnelle. Ils nous ont libérés des chaînes qui étranglaient nos familles. Pour la première fois dans l'histoire de l'île, tous les partis politiques ont présenté un programme social identique. Ils étaient tous d'accord sur le fait que les gens devaient être la priorité. Enfin, avant, ils disaient être d'accord avec ce principe, mais maintenant ils agissaient vraiment.

»Mon île, Minorque, s'est transformée en foyer de lumière, en un rare et insolite oasis. La beauté dont nous étions quotidiennement entourés éclata et sema son pollen, qui fleurit dans les cœurs des gens et les transforma. Désormais, c'était les pays nordiques qui se déplaçaient jusqu'ici afin de prendre exemple sur nos lois et notre cohésion sociale. Par conséquent, Minorque a remporté plusieurs titres, comme celui de Réserve de l'Humanité.

–Tout ce que tu dis me parle beaucoup... –chuchota la jeune femme.

J'interromps mon récit et je prends de nouveau le temps de la regarder. Ses lèvres sont courbées et des gouttes de sueur glissent le long de son cou. Elle dessine des cercles dans l'air avec les mains.

»Continue –m'enjoint–elle.

»Un jour, j'ai reçu une visite inattendue. Elle s'appelait Marta, elle vivait à la péninsule et elle me raconta qu'elle avait perdu un fils victime d'une de ces maladies. Elle m'a expliqué qu'elle continuait de s'investir dans la récolte de fonds pour la recherche, dans les limites de ses possibilités. Cela m'a touché. Il est humain et tout à fait compréhensible de ne plus rien vouloir savoir après être passé par une douleur si extrême, mais cette épreuve l'avait vraiment marquée et elle se sentait proche des douleurs des autres, elle voulait que plus personne ne vive un tel enfer.

»J'ai pris conscience que la recherche était la seule issue, le seul moyen de me sauver, alors que jusqu'à présent je pensais que c'était la responsabilité des autres. Malheureusement, et vu qu'il ne s'agit pas de maladies célèbres qui intéressent les industries pharmaceutiques, il n'existe pas d'autre choix que celui de nous retrousser les manches et faire le travail nous-mêmes, si on veut un jour voir la lumière au bout du tunnel.

»Quand elle a posé un baiser sur ma joue et que ses lèvres ont frôlé ma peau, j'ai compris à quel point ses motivations étaient fortes. J'ai senti en moi une bouffée d'émotions et la coquille de mon monde s'est ouverte. J'en ai vu d'autres comme elle, éparpillés partout sur la planète. Des histoires impressionnantes, des gens anonymes, des gens qui luttent dans le silence. J'ai appris l'histoire de Pat, à la tête d'une association de dystrophie musculaire, depuis que cette maudite maladie lui a arraché ses deux enfants ; ou celle de Nuria qui, même si son mari avait été emporté par une sclérose latérale amyotrophique, continuait de payer son abonnement annuel pour la recherche d'un traitement. Des grains de sable lumineux et providentiels dispersés sur la terre entière. Des fourmis engagées pour le progrès de notre espèce. Des forgerons d'espoir.

»Ce jour-là, j'ai été foudroyé par un deuxième éclair. C'est celui qui m'a le plus bouleversé et le plus profondément touché.

»Nous devons aussi essayer de faire quelque chose – m'ont dit mes camarades quand je leur ai expliqué ce qui s'était passé.

»J'ai levé les sourcils, ce désir d'implication m'étonnait vraiment. Quand je leur ai demandé les raisons de leur motivation, ils m'ont répondu, trente hommes et femmes à l'unisson, qu'ils étaient conscients qu'eux aussi pouvaient, un jour ou l'autre, être frappés par l'une de ces maladies. En fait, ils avaient calculé que statistiquement, tôt ou tard, une de ces maladies toucherait l'un d'entre eux ou un de leurs proches. C'est pour cela qu'ils savaient, au fond, qu'investir dans la recherche, c'était investir pour eux-mêmes. C'est à ce moment que j'ai tout compris : j'avais oublié que cette barrière illusoire entre toi et moi, entre nous et vous avait depuis longtemps disparu au sein de ma communauté.

»Nous nous sommes mis au travail. De temps à autre, nous organisons un concert ou une tombola de Noël, un événement sportif... des activités pour récolter des fonds. Ce n'était pas grand-chose mais tous ensemble, avec des petites gouttes par ci par là, nous étions en train de faire grossir l'artère globale. Même si nous étions assez satisfaits et que nous ne pouvions pas en demander plus aux gens, je n'arrivais pas à dissimuler l'immense frustration que je ressentais à chaque fois que la vie d'un malade s'éteignait, comme la mienne, qui était tous les jours un peu plus menacée. La science avançait,

mais trop lentement en comparaison avec le temps dont les malades disposaient.

»Tout serait beaucoup plus facile si les choses étaient organisées par le haut. Avec les 42 millions d'euros que coûte un F-18, un avion de combat des plus « normaux », on en aurait suffisamment pour financer pendant des années la recherche sur cette maladie, ou d'autres – me dit un ami érudit.

»Vu comme ça, j'arrivais à relativiser la valeur des choses, je me sentais loin de ceux qui abandonnent face à cette échelle de valeurs aberrante. Cela coûte combien de sauver des vies ? Quel prix on leur donne ? Peut-être moins que les 136 millions d'euros gaspillés dans la construction d'un aéroport où les herbes poussent maintenant car il n'est pas utilisé.

»L'apport des particuliers est indispensable pour que la recherche continue, mais pour aller encore plus loin, il faut que les gouvernements s'impliquent. Ils sont les seuls capables de brasser des quantités importantes d'argent.

»– Pourquoi tu ne parles pas avec le chef du Gouvernement ? J'ai entendu dire qu'il vient sur l'île en vacances, la semaine prochaine– suggéra Perico « le commère

». Quand les rires se sont étouffés, on s'est mis à y réfléchir sérieusement et, finalement, l'idée nous a semblé plutôt bonne. C'était une très bonne opportunité pour mettre mon don à l'épreuve. Peut-être que ça marcherait.

»Nous étions un petit groupe de rien du tout, insignifiant, mais nous espérions que le fait de réunir tous nos désirs puisse jouer et avoir une influence sur les lois et les priorités du Gouvernement. Arriver à changer les lois signifierait changer le futur de milliers de vies. Si nous réussissions vraiment à ce que le Gouvernement s'investisse, nous n'avancerions plus comme des fourmis mais comme un troupeau. Plus d'argent investi, plus de projets de recherche et, par conséquent, plus de chances de trouver le plus tôt possible un traitement.

»J'admets, j'avais honte de me présenter devant le chef du gouvernement. J'avais beaucoup de doutes sur notre plan et son efficacité. Comment allais-je faire pour m'approcher de lui ? Quel prétexte utiliser ? Quelqu'un nous a soufflé qu'il allait jouer au tennis les jeudis après-midi. Ensuite, un ami s'est

débrouillé pour lui faire savoir qu'il avait trouvé un bon adversaire pour lui, un adversaire prêt à le laisser gagner...

»– Tu n'as pas du tout l'allure d'un joueur de tennis– dit–il en me regardant de haut en bas quand je suis arrivé. Le dirigeant était habillé avec la traditionnelle tenue blanche : T–shirt et pantalon court, chaussettes jusqu'aux genoux, deux serre–poignets et il tenait sa raquette avec une certaine impatience. Il gardait ses distances. Il se trouvait à quelques mètres de moi et faisait des rotations de hanche pour s'échauffer.

»–Je suis blessé – expliquai–je.

»Il n'a pas réagi ; il n'avait pas compris l'ironie de ma réponse. C'était une mission compliquée qui m'attendait.

»D'un coup, sans me laisser le temps de réagir, il a fait quelques pas et s'est dirigé vers moi, il a mis une main sur mon épaule. Il a dit qu'on pourrait en profiter pour se faire prendre en photo ensemble. Enfin. Ça y était. J'ai souri et l'ai regardé, mais je n'ai vu sur son visage dur et vieillissant aucun signe de transformation. Ensuite, il a passé sa main dans mes cheveux, mais rien ne s'est passé. Et puis, j'ai compris : il portait des gants. Des gants en laine thermique tannée au chrome avec double couche de mousse de nitrile, en plein été. J'ai pali et le sol s'est mis à trembler. Il a dû se rendre compte que je manquais d'air, puisqu'il s'est justifié en me disant qu'il avait la peau très délicate. La pente devenait de plus en plus rude.



»J'ai dû improviser d'urgence une nouvelle stratégie.

»—Je ne peux pas jouer au tennis mais je vous propose un autre jeu : le jeu des devinettes. À chaque fois qu'un de nous deux se trompe, il devra faire un gage (enlever un vêtement) —l'ai-je défié. Je pense que cela ne lui a pas trop plu. Il a tordu la bouche, il a ronchonné mais il a fini par accepter, à contrecœur. Sans doute ne voulait-il pas avoir l'air d'un lâche face à quelqu'un comme moi. Il a fait demi-tour et s'est éloigné de quelques mètres. Nous nous sommes placés de nouveau l'un en face de l'autre, tels deux cowboys.

»—Comment appelle-t-on les substances chimiques qu'on libère quand on sourit ? —ai-je dit en premier.

»—Je ne sais pas — répondit-il. Il a jeté par terre sa raquette et a fait un pas vers moi. C'était à lui de jouer.

»—Combien y a-t-il de députés à la Chambre ? —me demanda-t-il.

»—Aucune idée.

»Il a ordonné à l'un de ses gardes du corps de m'enlever mon t-shirt.

»Nous avons échangé des coups sous forme de questions et de réponses. Aucun des deux ne répondait correctement aux questions de l'autre. Nous étions en train de nous déshabiller. L'atmosphère se réchauffait. J'ai été décontenancé quand j'ai découvert, sur la poitrine épilée du chef du gouvernement, le tatouage de l'ours Yogi sur un vélo. J'avais l'impression que l'ours pédalait plus vite à chaque fois que le politicien contractait les pectoraux. Lorsqu'il se trompait, il faisait un pas vers moi. Je faisais de même avec mon fauteuil roulant. Notre leader n'a pas su me dire qui avait écrit Donner un sens à sa vie, ni pourquoi les oiseaux chantent tous les matins, ni la raison pour laquelle les tournesols se tournent vers le soleil. Quant à moi, je ne connaissais pas les facteurs intrinsèques qui influent sur le déficit fiscal, la façon dont les impôts indirects affectent le produit intérieur brut et, moins encore, le rapport entre l'inflation et les biens immobiliers.

»Tout à coup, alors que nous étions déjà très proches l'un de l'autre, que je pouvais entendre sa respiration et que j'avais enfin réussi à ce qu'il se débarrasse de ses maudits gants, quelqu'un nous a interrompus.

»— Puis—je savoir ce que tu es en train de faire ?, hurla sa femme. Elle avait les poings serrés et l'écume rageuse qui s'était formée au coin de ses lèvres dégoulinait jusqu'au sol.

»— Ce n'est pas ce que tu penses – il essaya de se défendre, en se couvrant comme il pouvait.

»Nom de Dieu ! Où sont ces fichus gants ? Les services secrets t'ont prévenu de ne t'approcher de lui sous aucun prétexte ! – Elle était en rage, les coutures de son pantalon Dolce & Fabana étaient sur le point d'éclater.

»D'un coup, toutes mes alarmes se sont mises à sonner. La mission était en danger. Il fallait que je me lance, coûte que coûte. Il était si près de moi... à quelques centimètres à peine. Si j'avais pu allonger un peu les bras, j'aurais pu le toucher. Mais cela faisait longtemps que mes bras avaient eux aussi été envahis par la maladie et ils gisaient inertes tels des blocs de ciment.

»—Monsieur le Président – ai—je dit en levant les yeux vers lui—, j'aurais voulu lui demander de me toucher, une fois seulement. Je sais que ça a l'air bizarre mais je ne vais pouvoir vous atteindre qu'avec des mots— ai—je dit avec une mine de communiant. Allez, essayez s'il—vous—plaît, devenez notre allié... et la science pourra faire un pas de géant.

»J'ai vu le doute qui s'installait dans ses yeux. Son expression, entre surprise et vexation, est devenue plus douce. Ensuite, il m'a confié :

»—Je pense que si je le faisais, je devrais me remettre en question. Moi et mon gouvernement. Franchement, je n'ai pas la force de le faire. Je veux éviter les conflits.

»Sa femme a hurlé de nouveau, un cri assourdissant. Des hommes en uniforme noir ont tout à coup surgit derrière elle. Ils nous ont entourés. Intimidés, les gardes du corps du président ont levé les mains et ont fait un pas en arrière. Deux de ces hommes énigmatiques, tirés à quatre épingles, ont pris le président par les coudes.

»–Ils ne vont jamais le permettre – murmura le président, méditatif.

»– Vous avez raison, nous ne le permettrons pas – dit-elle d'un regard foudroyant– Partez.

»C'est à cet instant que j'ai pris conscience qu'en réalité, c'était elle qui portait la culotte. Et en même temps, qu'ils étaient au service d'un pouvoir plus grand encore. Ils étaient des marionnettes au service de la SA « Affaires Douteuses ».

–J'avais entendu des rumeurs sur les difficultés de leur couple mais je n'aurais jamais imaginé... que cette troisième personne, c'était toi– me dit la jeune femme, bouche bée.

»Et bien...–je rougis. Je pris de l'air : une, deux, trois fois.– On avait été trop loin– je poursuivis la narration des faits– et le Gouvernement de l'Ombre n'était pas prêt à le tolérer. À partir de ce moment–là, ils ont imaginé toutes sortes de stratagèmes pour contrecarrer les effets des éclairs qui m'avaient foudroyé, pour faire sauter la coalition, pour éradiquer les liens de camaraderie que nous avions tissés. Face à ces menaces et pots–de–vin, beaucoup de sympathisants ont fichu le camp, ils sont retournés se terrer dans la grotte de leur ego, en réduisant leur champ de vision à ce qu'ils avaient sous leur nez.

»Sur mon île, ils ont à nouveau rétréci les trottoirs, et ils ont creusé un fossé autour de chez moi. Ils ont supprimé toutes les aides qui rendaient ma vie un peu plus facile. Ils ont supprimé mon numéro de téléphone de l'annuaire. Selon les dernières informations, ils ont même l'intention de mettre un cadenas sur ma porte.

»Ils me guettent, ils me poursuivent, ils me surveillent. Les redoutables hommes en noir, experts en arts martiaux, sont cachés derrière les buissons, ils sont en faction et à chaque fois que quelqu'un essaye de m'approcher, ils sortent pour lui faire peur. Le groupe s'est réduit, certes, mais il est toujours fort et travaille intensément. Nous continuons à nous battre contre tous ces éléments qui entravent nos projets, contre les murs glaciaux de l'indifférence qui nous empêchent de nous connecter les uns aux autres et bloquent le progrès.

»La jeune femme, qui s'est doucement approchée, se trouve maintenant à quelques pas de moi et a déjà mangé presque tous les chocolats.



- C'est une histoire dingue, difficile à croire... –me dit-elle.

Je soupire. Je sais qu'elle a raison. Les histoires incroyables, celles qui mettent un peu de piment dans la vie, sont une autre de mes passions. Je laisse mon regard s'égarer vers la mer. Je me demande si j'aurai l'occasion de revoir ce rocher en forme de sirène qui endure stoïquement les assauts des vagues pendant les rudes hivers.

Je me sens vieux mais j'ai envie de continuer la lutte. Ils sont loin ces rêves d'enfance où je devenais grand sportif ou voyageur ; peut-être aussi le rêve d'aimer et d'être aimé. Je commence à avoir des problèmes respiratoires et je ne peux plus bouger que très peu les doigts d'une main. C'est le seul mouvement qui me reste. J'ai peur. Mon ennemi m'a dévoré, il m'a enseveli avec sa noirceur venimeuse mais il me reste encore quelques pores par lesquels se faufilent la vie et l'espoir, délicats et subtils. Je ferai tout pour arriver à voir la fin de cette maladie, et bien d'autres. Je ferai une grande fête. Après quarante ans de survie, je désire exactement la même chose qu'au premier jour : savoir ce que l'on ressent quand on devient plus fort, ne fût-ce que pour un jour, quelques heures, un petit moment... Oui, un moment, oui, cela me suffirait.

- Je dois partir –dit-elle. Les touristes éparpillés sur la plage commencent aussi à rentrer, chargés de toutes leurs affaires et le dos bien rouge. La jeune femme se lève et me dit au revoir, elle fait quelques pas pour descendre du point de vue. Je la regarde partir, le pas léger, perdue dans le dédale de ses pensées. Je me demande quelles sont ses envies, ce qu'elle attend de la vie et du futur.

Soudain, alors que je ne m'y attendais plus, elle s'arrête et fait demi-tour. Mon cœur bat vite. Elle s'assied et se colle à moi. J'aspire son arôme de santal et ma peau s'enflamme. J'essaye de lui dire quelque chose mais elle pose un doigt sur ses lèvres et m'ordonne de me taire. Désormais, ce sont ses yeux couleur miel qui me parlent. Elle me sourit, s'installe sur le dossier du banc et me prend la main.

## GLI ALTRI

**Traducción: Lucía Antoniazzi de Andreis**

Forse questa sarà la mia ultima estate. Non riesco a non chiedermi se sarà l'ultima volta che guardo il mare.

Con difficoltà aziono i comandi della sedia a rotelle e mi avvicino a un'estremità della panchina. Dal belvedere si gode un'incantevole vista della spiaggia incorniciata da una fitta pineta. Lassù, a perpendicolo, si allunga la scogliera. Un uomo, connesso alle sue cuffie, corre sulla battigia; una coppia, seduta sulla sabbia bianca e fine, contempla l'acqua turchese. Il cielo si colora d'arancio, il disco luminoso si prepara ad immergersi nel mare tranquillo.

Ho una scatola di cioccolatini sulle ginocchia. Mi accorgo che all'altro lato della panchina si siede una ragazza: ha i capelli del più classico rosso veneziano, ciocche ondulate le scendono sulle spalle. Porta una maglietta con le spalline sottili e un disegno a cerchi acquerellati di mille e un colore. Mi guarda di sfuggita, con la coda dell'occhio.

Sono un cacciatore di bellezza e un esperto degustatore del presente. Grazie a questi due ingredienti ho messo a punto un cataplasma che mi aiuta a combattere l'orrore.

Arriva un bambino. Mi guarda curioso con gli occhi spalancati, allunga una mano e azzarda un passo verso di me. Ancora prima che si stabilisca un contatto qualsiasi, irrompe da dietro la madre: lo afferra per un braccio e lo strattona con tanta violenza che pare voglia squartarlo. Lo sgrida duramente. Il bambino piange. Vedo che la ragazza della panchina assiste attonita alla scena. Ciascuno alla propria estremità, cerchiamo entrambi di elaborare la tensione che si è venuta a creare, facendo come se niente fosse. Deglutisco. Dopo qualche secondo, butto lì:

«Un giorno stava per toccarmi il Presidente. Se lo avesse fatto, forse oggi tutto sarebbe diverso», dico con aria compunta.

«Conosci il Presidente?», la ragazza scosta dolcemente i capelli, spostando una ciocca dietro l'orecchio. Il viso è ovale, al polso braccialetti diversi, ai lobi orecchini grandi e vistosi.

«Un po'»

Lontano un due alberi solca l'acqua con le vele bianche spiegate al vento. Sento un gabbiano che grida sopra di noi. Sulle rocce un uomo arma la canna da pesca.

«Non ho mai saputo cosa vuol dire diventare ogni giorno più forte. Avevo pochi mesi quando mi diagnosticarono una malattia chiamata atrofia muscolare spinale. Imparai a camminare, ma cadevo, mi muovevo male e mi stancavo subito. Invidiavo i bambini che potevano correre... mentre io no.

«Volevo essere calciatore oppure aviatore. Mi piaceva da morire giocare con gli altri bambini, finché la cena si freddava e le madri dovevano venire a prenderci, sporchi e con le ginocchia sbucciate. All'inizio concentravi tutti i miei sforzi affinché la malattia mi condizionasse il meno possibile. Era una situazione difficile e problematica, ma io cercavo di essere come gli altri.

«Un giorno – ero adolescente – poco tempo prima di smettere del tutto di camminare, andammo a vedere uno spettacolo. Un mago con cilindro e mantello nero scelse me tra gli spettatori perché partecipassi al suo numero. Mi fece entrare in una cassa rettangolare, imbracciò una sega elettrica molto rumorosa e, con gesto teatrale, finse di tagliarmi in due. Mentre mi rimetteva insieme, con apparente successo, gli dissi che qualcosa era andato storto. Preoccupato, mi tastavo l'addome e insistevo che mi aveva rotto per davvero. L'uomo rise. Per quanto protestassi, non volle credermi e nessuno mi restituì i soldi del biglietto.

«Da quel momento mi resi conto che la separazione tra me e gli altri si acuiva. Le rispettive direzioni si biforcavano allontanandosi rapidamente, il solco che ci separava diventava di giorno in giorno più inquietante. O non mi capivano proprio o mi fraintendevano. Il codice interpretativo non funzionava. Nel tentativo di farmi capire, mi dedicai allo studio delle lingue. E siccome avevo anche la sensazione che cominciasse a non vedermi, presi a vestirmi di colori sgargianti. Preferibilmente di rosso, dalla testa ai piedi.»

Una brezza leggera rompe il calore del tardo pomeriggio. Mi giro: la ragazza mi guarda con interesse. Ha gli occhi a mandorla e gli orecchini a forma di mezza luna oscillano nell'aria. Ha incrociato le gambe, le mani appoggiate sopra i jeans.

«Un pomeriggio, mentre passeggiavo, si scatenò una burrasca tremenda. Cercai un riparo ma, mentre tentavo di sfuggire alla tormenta... un fulmine mi colpì. Un uomo si precipitò ad aiutarmi, lanciava sguardi preoccupati verso il cielo e gridava: "Babbo Natale è caduto! Babbo Natale ha avuto un incidente!". Io ero disteso a terra, mezzo svenuto. La carrozzina si era capottata e giaceva distrutta, una ruota correva sul prato e una colonna di fumo saliva dal motore fuso.

«Non appena l'uomo mi toccò per rialzarmi da terra, lanciò un'imprecazione e spiccò un balzo all'indietro. Si guardò sconvolto le mani e fuggì terrorizzato. Poco dopo tornò accompagnato da una donna di mezza età. Lei si chinò e con quella vocetta infantile che detesto disse: "Tutto bene, tesorino? Dov'è il tuo papà?". Così dicendo, mi diede un buffetto sulla guancia: appena mi sfiorò, ebbe la stessa reazione dell'uomo. Ritrasse rapidamente la mano, come se avesse preso la scossa, e cambiò totalmente espressione. La voce divenne seria e profonda come quella di un baritono. Mi disse: "Capisco. Ti fai la barba e hai i peli sulle gambe – si accarezzò pensosa la pappagorgia. – Non ne puoi più che ti trattino come un bambino".

«Chi non capiva ero io. Certo non ero morto, visto che lì intorno non si vedevano affascinanti angeli di sesso femminile, con giarrettiere e tacchi a spillo, come si prometteva da più parti. Tuttavia la donna aveva letto i miei pensieri con estrema chiarezza, in qualche modo aveva avuto accesso ai file che pullulavano nella mia scatola cranica. Intanto arrivava gente da ogni parte. L'uomo e la donna invitavano tutti a toccarmi.

«"È come essere segregati in una prigione. Il tuo corpo è una prigione; la carne e le ossa sono le sbarre. Adesso capisco come dev'essere non potersi neanche grattare il naso", disse un ragazzino con l'aria da chierichetto.

«Annuii.

«"Non è giusto. Nessuno dovrebbe essere colpito da malattie così crudeli. Che tortura perversa perdere ogni giorno un pezzetto di sé, sopportare impotenti questo stillicidio di energia" – aggiunse una giovane donna che mi aveva toccato con mani da pianista.

«Annui ancora.

«Stava accadendo qualcosa di strano e meraviglioso. Grazie a un meccanismo misterioso, si era creato un ponte attraverso cui il magma delle mie emozioni usciva dal mio corpo, attraversava la membrana epidermica degli altri e si fondeva con il loro sistema nervoso. Sembrava che, quando qualcuno mi toccava, riuscisse a provare le mie stesse emozioni. Mi guardai attorno per scoprire la telecamera nascosta. Non era uno scherzo.

«Mi sentivo nudo, esposto, ma al tempo stesso confortato. Io che, con risultati insignificanti e miseri, avevo frequentato corsi di comunicazione e di lingue straniere nel tentativo di spiegare l'incarnazione della mia geografia interiore, mi ritrovavo ad essere compreso ancor prima di aver aperto bocca. Allucinante. Era un momento magico ricco di suggestioni. C'era chi si metteva le mani nei capelli, disperato per la propria miopia. C'era chi si asciugava le lacrime e mi abbracciava. Avevamo scoperto di essere tutti collegati da un identico e robusto cordone ombelicale.



«Ecco come nacque il primo nucleo di guerriglieri, l'embrione di una piccola rivoluzione. Da allora smisi di vestirmi di rosso.

«Poco a poco quest'epidemia sovranaturale si propagò a tutta l'isola. Ritrovai vecchi amici, amici che mi fecero conoscere altri amici. Compagni di scuola che erano passati davanti a casa mia mille volte, ma mi avevano asetticamente eliminato dalle loro vite, ora salivano a trovarmi.

«"Se succedesse a me, non sopporterei di non poter uscire e di perdere il contatto con gli altri" – dichiaravano. Io li benedicevo e li invitavo a stappare bottiglie di champagne. In quei giorni mi cancellai dal corso di giapponese. Non ne avevo più bisogno.

«In un batter d'occhio il Comune eliminò tutte le barriere architettoniche; ci offrirono, a me e a tutti quelli che ne avevano bisogno, l'aiuto concreto che è indispensabile all'autonomia personale. Ci liberarono dalle catene che opprimevano le nostre famiglie. Per la prima volta nella storia dell'isola, i partiti politici si presentarono con un unico programma elettorale, tutti d'accordo sul fatto che la priorità fossero le persone. Be', anche prima lo sostenevano, ma adesso si adoperavano perché fosse realtà.

«La mia isola – Minorca – divenne un piccolo faro luminoso, un'oasi preziosa e singolare. La bellezza che ogni giorno ci avvolge, sbocciò spargendo il suo polline che fecondò i cuori, cambiandoli per sempre. Allora furono i paesi nordici che inviarono i loro studiosi affinché apprendessero la nostra lezione su diritti e coesione sociale. A seguito di questi eventi, Minorca ricevette attestati e qualifiche, come per esempio quello di Riserva dell'Umanità\*.»

«Questo mi suona familiare... – mormora la ragazza.

Smetto di raccontare e la osservo. Tiene le labbra un po' imbronciate e gocce di sudore le imperlano il collo.

«Continua – mi incalza.

«Questa metamorfosi generale ebbe grande ripercussione su di me, così che ora affrontavo la quotidianità con rinnovato vigore. L'ambiente che mi circondava era l'ideale per non lasciarmi sopraffare dalla malattia. Lo squarcio lacerante che quel mago da quattro soldi mi aveva procurato, alla fine cicatrizzò.

«Un giorno ricevetti una visita inattesa. Si chiamava Marta, viveva nel continente, e mi raccontò che aveva perduto un figlio a causa di una malattia simile alla mia. Mi disse che continuava a collaborare come poteva per raccogliere fondi da destinare alla ricerca scientifica. Ne rimasi impressionato. Sarebbe stato umano e comprensibile non volerci avere più nulla a che fare, dopo aver vissuto una situazione tanto estrema, ma lei ne era rimasta così segnata e si sentiva così coinvolta dalla sofferenza altrui, da adoperarsi perché nessun altro dovesse precipitare nel suo stesso inferno.

«Sapevo perfettamente che la ricerca era la mia unica speranza di salvezza, ma fino a quel momento pensavo che altri se ne dovessero far carico. Disgraziatamente, non trattandosi di una malattia da 'prima serata' così da interessare l'industria farmaceutica, non c'era altra alternativa che rimboccarsi le maniche e tirare la carretta in prima persona, se volevamo vedere un giorno la luce in fondo al tunnel.

«Quando mi baciò sulla guancia, quando le sue labbra mi sfiorarono la pelle, capii la potenza della sua motivazione. E allora sentii il fuoco esplodermi dentro, e il guscio del mio universo si aprì. Vidi altri uguali a lei, sparsi in tutto il pianeta. Storie immense, di gente senza nome, di gente che combatteva in silenzio, e molte volte in solitudine, la sua guerra contro i mostri insaziabili. Conobbi la storia di Pat, che dirigeva un'associazione per la distrofia muscolare anche se il morbo maledetto le aveva strappato i due figli, e il racconto di Nuria che, nonostante la sclerosi laterale amiotrofica le avesse ucciso il marito, continuava a pagare all'associazione la sua quota annuale per sostenere lo studio e la ricerca di una cura. Granelli di sabbia luminosi come minuscoli fari nella notte, dispersi nel globo terrestre. Formichine impegnate nell'evoluzione della specie. Costruttori di speranza.

«Ecco il secondo fulmine che mi squarciò. E penetrò più profondamente.

«"Anche noi dobbiamo fare qualcosa – mi dissero i compagni quando raccontai la mia esperienza.

«Ero stupito: mi sembrava strano che volessero farsi coinvolgere tanto. E quando chiesi quale fosse la loro motivazione, mi risposero – trenta uomini e donne all'unisono – che erano semplicemente coscienti della possibilità di contrarre una di queste malattie. Di fatto, avevano calcolato che, prima o

poi, sarebbe accaduto a loro stessi o a qualche familiare o a un amico. Perciò, investire nella ricerca significava investire nel proprio futuro. E allora vidi chiaramente: quasi mi ero dimenticato che nel mio ambiente era svanita ormai la barriera fittizia tra tu e io, tra noi e voi.

«Insomma: ci mettemmo al lavoro. Organizzavamo concerti o lotterie di Natale o eventi sportivi... attività diverse per raccogliere un po' di denaro.

Non era molto ma, tra gli uni e gli altri, una goccia qui e una là, aumentavamo la portata dell'arteria principale. E nonostante ci ritenessimo soddisfatti e non potessimo pretendere di più dalla gente, ugualmente mi era impossibile reprimere la sconfinata frustrazione che mi travolgeva quando guardavo le vite di malati che conoscevo consumarsi fino a spegnersi – proprio come la mia che, mentre passavano i giorni, diventava sempre più precaria.

«"Sarebbe tutto più facile se potessimo organizzarci partendo dalle alte sfere. Per esempio, con i 42 milioni che costa un F-18, uno degli aerei da combattimento meno sofisticati, già si potrebbero sovvenzionare anni di ricerca per questa malattia o per qualche altra", mi spiegò un amico molto ben informato.

«Visto così, com'era relativo il valore delle cose... mi sentivo le mille miglia lontano da chi ha anche solo il minimo dubbio di fronte a una scala di valori tanto perversa. Quanto costa salvare vite? Che prezzo diamo a un'esistenza? Forse meno dei 136 milioni che son serviti a costruire un aeroporto dove cresce l'erba, perché neanche si utilizza?\*

«Il contributo dei privati era imprescindibile perché la ricerca non si arenasse, ma per un salto qualitativo il coinvolgimento dei governi era ancora più necessario. Sono i governi che gestiscono somme di denaro di quel peso.

«"E perché non ne parli con il Presidente del Consiglio? Ho sentito che viene in vacanza a Minorca la prossima settimana", suggerì Beppe Spettegulèss. Quando si spensero le ultime risate, però, cominciammo a rimuginarci su e l'idea non sembrò più così insensata. In fin dei conti sarebbe stata un'ottima occasione per mettere alla prova il mio dono – questa empatia misteriosa che riuscivo a sprigionare al tatto e che coinvolgeva chiunque immediatamente. Magari funzionava...



«Eravamo quattro gatti, ma con passione e intensità vivevamo perché l'unione delle nostre più profonde aspirazioni riuscisse a cambiare le leggi, le priorità dei governi. E se fossimo riusciti a cambiare le leggi, forse sarebbe cambiato il futuro di mille vite. Se fossimo riusciti a coinvolgere seriamente il Parlamento, non avremmo più dovuto procedere col contagocce: ci saremmo potuti lanciare volando su onde magnifiche e imponenti. Più

denaro investito, più progetti di ricerca avviati e, quindi, più probabilità di scoprire quanto prima la terapia.

«Ammetto che mi vergognavo all'idea di presentarmi davanti al Presidente. Non ero per niente sicuro che il piano potesse funzionare. E poi: come arrivarci? Con quale scusa attirarlo? Una soffiata lo dava il giovedì pomeriggio al tennis. Un amico riuscì a fargli avere un messaggio in cui gli proponeva un avversario degno di lui, cioè uno... disposto a perdere.

«"Non hai esattamente l'aria di un tennista", mi apostrofò scrutandomi dall'alto in basso quando mi presentai. L'onorevole portava il classico completo bianco: polo, pantaloncini, calzettoni e polsiere e giocherellava impaziente con la racchetta. Manteneva una certa distanza. A qualche metro da me, faceva esercizi di riscaldamento ruotando il bacino.

«"Mi sono fatto male", spiegai.

«Non si scompose e ancor meno capì la battuta. Non sarebbe stata un'impresa facile.



«All'improvviso, senza che me ne rendessi quasi conto, si avvicinò e mi pose una mano sulla spalla. Mi disse che avremmo potuto farci una foto insieme, visto che ormai eravamo lì. Finalmente. C'eravamo quasi. Sorridendo lo guardai, ma nella sua espressione granitica e compresa non si percepiva nessuna trasformazione. Mi diede un buffetto sulla testa: niente. E allora capii: portava i guanti. Guanti di lana termoisolante conciati al cromo trivalente con doppio rivestimento di schiuma copolimerica: in piena estate. Impallidii, e la terra mi tremò sotto i piedi. Dovette rendersi conto che boccheggiai, perché si giustificò dicendomi che aveva la pelle molto delicata. La salita si faceva più ardua.

«Bisognava adottare una strategia d'emergenza.

«"Giocare a tennis non posso, però le propongo un altro gioco: gli indovinelli. Ogni volta che uno sbaglia, si deve levare un pezzo d'abbigliamento", lo sfidai. Non credo che morisse dalla voglia: torse le labbra, borbottò, poi finì col cedere di mala voglia. Forse non voleva passare da vigliacco davanti a uno come me. Fece un mezzo giro e si allontanò di un paio di metri. E fummo di nuovo uno di fronte all'altro, come due cow boy.

«"Come si chiamano le sostanze chimiche che liberiamo sorridendo?", sparai per primo.

«"Non lo so", ammise. Lasciò cadere a terra la racchetta e mi si avvicinò di un passo. Toccava a lui.

«"Quanti deputati ci sono al Congresso?", mi chiese.

«"Non ne ho la più pallida idea".

«A quel punto ordinò a uno dei suoi gorilla di togliermi la maglietta.

«Scambiammo un paio di colpi botta e risposta. Nessuno riusciva a rispondere alle domande dell'avversario. Noi ci spogliavamo, l'ambiente si riscaldava. Rimasi di sale quando sul petto depilato del Presidente vidi il tatuaggio dell'orso Yoghi in bicicletta. Sembrava che accelerasse la pedalata quando lui contraeva i pettorali. Ogni volta che sbagliava, il Presidente faceva un passettino verso di me. E lo stesso facevo io con la mia sedia a rotella. Il nostro leader non seppe dirmi chi aveva scritto *Logoterapia e Analisi Esistenziale*, né perché gli uccelli cantano ogni mattina, e tanto meno per quale ragione i girasoli si girano verso il sole. Io ignoravo completamente quali fattori intrinseci influiscano sul deficit fiscale e come le imposte indirette condizionino il prodotto interno lordo e anche qual sia il rapporto tra inflazione e beni tangibili.

«All'improvviso, quando già eravamo vicinissimi, mentre sentivo il suo alito sfiorarmi il viso e finalmente ero riuscito a fargli togliere i guanti, qualcuno ci interruppe.

«"Si può sapere cosa stai facendo?", gridò sua moglie. Stringeva i pugni e dal cerchio di saliva che sbavava dalle sue labbra cadevano a terra dense gocce biancastre.

«"Non è come sembra", cercò di giustificarsi lui, coprendosi alla bell'e meglio.

«"Dove diavolo sono i guanti? – gli urlò lei. – Non te l'avevano raccomandato quelli del servizio segreto di non avvicinarti a lui per nessun motivo?". Era fuori di sé dalla rabbia e le cuciture del suo completo pantaloni di Dolce & Sottana stavano per esplodere.

«Ahi... la missione era in grave pericolo. Bisognava giocare il tutto per tutto. Era così vicino... pochi centimetri. Se avessi potuto allungare appena il braccio, lo avrei toccato. Ma già da tempo la malattia aveva colonizzato anche le mie braccia, che giacevano inerti come di cemento.

«"Signor Presidente – alzai lo sguardo verso di lui: – vorrei che mi toccasse, solo una volta. So che le suonerà bizzarro, ma con le sole parole non riesco ad arrivare là dov'è lei". A quel punto inalberai una faccina da prima comunione: "La prego, ci provi, diventi il nostro alleato... e la scienza farà un balzo da gigante".

«Vedevo l'incertezza baluginare nei suoi occhi. L'espressione, tra il sorpreso e l'arrabbiato, si ammorbidì appena. Confessò: "Credo che, se lo facessi, poi dovrei ripensare molte cose. Troppe. Mie personali e del Governo. E in tutta sincerità non mi sento abbastanza forte per farlo. Non voglio problemi".

«La moglie urlò di nuovo come una pazza. Dietro di lei apparvero degli uomini vestiti di nero. Ci ritrovammo circondati. Intimiditi, i gorilla alzarono le mani e fecero un passo indietro. Due enigmatici individui, il volto guardingo congelato da doppio strato di gel, afferrarono il Presidente per i gomiti.

«"Loro non me lo lascerebbero mai fare", mormorò il Presidente a testa bassa.

«"Infatti: non lo permetteremo – assicurò lei, fulminandomi con lo sguardo. – Fuori di qui".

«In quel preciso istante capii che era lei che portava i pantaloni e che entrambi sottostavano a un potere superiore – marionette al servizio della Loschi Interessi SpA.

«"Avevo sentito parlare della loro crisi matrimoniale, ma non avrei mai immaginato... che il terzo fossi tu", commenta la ragazza stupefatta.

«Già... – arrossisco. Inspiro: una, due, tre volte. «Eravamo andati troppo oltre – proseguo – e il Governo Ombra non poteva tollerarlo. Da quel momento usò ogni mezzo per opporsi all'incantesimo del fulmine e, minando la coalizione, tagliare i legami di complicità che si erano creati. Davanti alle minacce e ai ricatti molti disertarono, rintanandosi nel loro cantuccio da dove l'unica realtà che riuscivano a scorgere era la punta del proprio naso.

«Nell'isola si ridussero i marciapiedi e si scavò un fossato tutt'attorno alla mia casa. Mi tolsero qualsiasi aiuto potesse facilitarmi l'esistenza. Eliminarono il mio nome dall'elenco telefonico. Dalle ultime informazioni, so che stanno pensando di mettere un catenaccio alla mia porta.

«Mi fanno la posta, mi perseguitano, mi controllano. Quei terribili uomini in nero si nascondono tra i cespugli e dietro gli angoli delle strade e, ogni volta che qualcuno mi si avvicina, balzano fuori per terrorizzarlo. Il gruppo si è ridotto ai minimi termini, questo è vero, ma è valoroso e lavora duro. Continuiamo a combattere contro mille ostacoli, contro i gelidi muri dell'indifferenza che impediscono il contatto tra gli esseri umani e di conseguenza paralizzano il progresso.»

La ragazza, che si è avvicinata palmo dopo palmo ed è ormai seduta accanto a me, si è spazzolata senza remore quasi tutti i cioccolatini, compresi quelli al liquore.

«È una storia incredibile, difficile da credere...», mi dice.

Sospiro. So che lo è. Infatti sono anche un esperto di storie incredibili, danno un po' di pepe alla vita. Di nuovo lascio che lo sguardo vaghi sul mare. Mi chiedo se rivedrò questo scoglio che ha la forma di una sirena e che durante il gelido inverno sopporta impassibile le frustate delle onde.

Mi sento vecchio, ma voglio lottare ancora. Come sono lontani i sogni infantili di diventare un atleta o un viaggiatore; e forse è lontano anche il sogno di amare ed essere amato. Sono già arrivate le complicanze respiratorie e quello che ancora riesco a muovere un poco sono le dita di una mano. È l'unico movimento fisico che mi rimane. Ho paura. Il mio nemico continua a divorarmi giorno dopo giorno, mi seppellisce sotto la nera coltre del suo veleno. E tuttavia conservo ancora qualche poro libero attraverso cui la vita e la speranza, così sottili e impalpabili, riescono a infiltrarsi. Darei qualsiasi cosa per assistere alla sconfitta della mia malattia, o di un'altra; darei una festa così spettacolare da fare davvero scalpore. Sopravvivo da quarant'anni e, oggi come sempre, desidero ancora sapere cosa si sente quando le proprie forze aumentano – fosse anche solo per un giorno, un'ora, un attimo... Un attimo, sì, mi va bene anche un attimo.

«Devo andare», mi dice. Anche i turisti sparpagliati sulla spiaggia cominciano a rientrare, carichi delle loro carabattole e con le spalle arrossate da sole.

La ragazza si alza, mi saluta e si avvia verso il belvedere. La osservo mentre se ne va, il passo leggero, decisa a svanire nel labirinto dei suoi pensieri. Chissà quali sono le sue illusioni, cosa si aspetta dalla vita...

Ed ecco, quando già non me lo aspetto più, si ferma, si gira e torna indietro. Il cuore mi martella nel petto. Si siede vicinissima. Aspiro il suo profumo di sandalo e la mia pelle si incendia. Cerco di dire qualcosa, ma mi fa cenno di tacere mettendosi l'indice sulle labbra. Ora sono i suoi occhi color miele che mi parlano. Mi sorride, si appoggia più comoda allo schienale e mi stringe con forza la mano.

## DIE ANDEREN

**Traducción: Marcel Comesse**

Vielleicht wird dies mein letzter Sommer sein. Immer wieder denke ich darüber nach, wie es wäre, wenn ich das letzte Mal das Meer sehen würde. Mit Schwierigkeiten bediene ich die Steuerung des Rollstuhls und nähere mich seitlich einer Sitzbank. Von diesem Aussichtspunkt genießt man eine privilegierte Sicht auf den mit Pinien dicht gesäumten Strand. Im Hintergrund weitet sich eine Steilküste. Ein Mann mit Kopfhörern läuft am Ufer entlang; ein Pärchen, im feinen weißen Sand sitzend, bestaunt das türkisgrüne Wasser. Der Himmel schmückt sich Orange, die Sonnenscheibe bereitet sich vor, sich dem friedlichen Meer zu ergeben.

Auf meinem Oberschenkel liegt eine Pralinenschachtel. Ich merke, dass sich eine junge Frau ans andere Ende der Bank setzt. Die kupferfarbenen Locken fallen über ihre Schultern. Sie trägt ein gebatiktes Top mit einem kreisförmigen farbigen Muster. Sie wirft mir einen flüchtigen Blick zu.

Ich bin auf der Suche nach Schönheit und ein Experte im Auskosten des Augenblicks. Mit beiden Elementen stelle ich eine wirksame Salbe her, die mir hilft, gegen das Grauen anzutreten.

Ein Kind erscheint vor mir. Es schaut mich von oben bis unten mit weit aufgerissenen Augen an, streckt einen Arm aus und es macht ein paar unsichere, kleine Schritte auf mich zu. Bevor ein Kontakt hergestellt werden kann, fällt die Mutter von hinten dazwischen, nimmt seinen Arm und versetzt ihm einen solch gewaltsamen Ruck, als ob sie ihn ausrenken wollen würde. Sie schellt ihn und das Kind fängt an zu weinen. Ich spüre wie die junge Frau der Bank entsetzt die Szene miterlebt. Jeder für sich versucht die aufgebaute Spannung zu verdauen, spielt sich ahnungslos und abgelenkt.

Ich schlucke.

Nach einigen Sekunden erhebe ich die Stimme: „An einem Tag hat mich beinahe der Regierungspräsident berührt. Wenn er es gemacht hätte, hätte sich vielleicht alles geändert.“ Es gibt einen Ton der Zerknirschung in

meiner Stimme. „Kennen Sie den Regierungspräsidenten?“ Geschmeidig streicht sich die junge Frau das Haar hinter ihr Ohr. Ihr Gesicht ist oval und ein Handgelenk ist mit Armbändern geschmückt; an den Ohren hängt langer und auffallender Schmuck.

„Ein bisschen.“

In der Ferne kreuzt ein Segelschiff mit aufgeblähten, weißen Segeln die Wässer. Über uns höre ich das Kreischen einer Möwe. Auf einem Stein bereitet ein Angler seine Angelrute vor.

„Ich habe nie erfahren, was es bedeutet, zu Kräften zu kommen. Mir wurde die Krankheit Spinale Muskelatrophie in den ersten Lebensmonaten diagnostiziert. Ich konnte nur schlecht laufen, fing an hinzufallen, wurde immerzu schlapp. Ich beneidete die Kinder, die rennen konnten... und ich nicht.

In dieser Zeit träumte ich davon, Fußballspieler oder Pilot zu werden. Ich liebte es, mit den anderen Kindern zu spielen, bis das Abendessen kalt wurde und unsere Mütter uns suchen kommen mussten, schmutzig und mit aufgeschürften Knien. Meine ersten Bemühungen konzentrierten sich darauf, dass die Krankheit mich so wenig wie möglich beeinträchtigt. Es war ein eingrenzender und lästiger Umstand, aber ich versuchte so zu sein wie die Anderen.

Eines Tages, als ich ein Jugendlicher war, kurz bevor ich nicht mehr Laufen konnte, gingen wir zu einer Show. Ein Zauberer mit einem Zylinder und einem schwarzen Umhang wählte mich unter den Zuschauern aus, um an einer Nummer teilzunehmen. Er steckte mich in eine rechteckige Kiste, ergriff ein lautstarke Motorsäge und mit einer großen Theatralik tat er so, als ob er mich entzwei schneiden würde. Beim erneuten Zusammensetzen – mit augenscheinlichem Erfolg – sagte ich dem Mann, dass etwas schief gelaufen sei. Angsterfüllt betastete ich ohne aufzuhören meinen Unterleib und drang darauf, dass er wirklich Scharlatanerie betrieben und mir Schaden zugefügt habe. Der Mann lachte. Desto mehr ich mich auch beschwerte, umso weniger glaubte er mir; meine Eintrittskarte erstatteten sie mir auch nicht.

Ab dann fühlte ich, wie sich die Trennung zu den Anderen beschleunigte. Unsere Wege gabelten sich, die Lücke die uns trennte wurde jeden Tag

beängstigender. Sie verstanden mich nicht oder sie interpretierten mich falsch. Die Regeln der Kommunikation funktionierten nicht mehr. Um mich besser verständlicher zu machen, fing ich an Sprachen zu lernen. Da ich auch den Eindruck hatte, dass sie mich nicht sehen, fing ich an, mich mit knallbunten Farben zu bekleiden. Bevorzugt von Kopf bis Fuß rot.“

Es weht eine leichte Brise, die die Nachmittagshitze lindert. Ich wende den Kopf, die junge Frau schaut mich mit Interesse an. Ihre Augen sind mandelförmig und ihre modischen Ohringe in Form eines Halbmondes schwanken hin und her. Sie hat die Beine überkreuzt und die Hände ruhen über ihrer Jeans.

„Eines Nachmittags, als ich spazieren fuhr“, fahre ich fort, „breitete sich ein schauriges Unwetter aus. Ich versuchte mich unterzustellen, doch während ich versuchte zu fliehen... schlug ein Blitz in mich ein. Ein Mann kam mir zu Hilfe gelaufen, schreiend und fassungslos zum Himmel aufblickend: ‚Der Weihnachtsmann ist vom Himmel gefallen, der Weihnachtsmann hat einen Unfall gehabt!‘ Ich lag am Boden, nur halb bei Bewusstsein. Der Rollstuhl war völlig zerstört, rücklings liegend, ein Rad rollte auf der Wiese und eine Rauchsäule stieg aus dem versengten Motor auf.

Als der Mann mich festhielt, stieß er eine Beleidigung aus und machte einen Satz nach hinten. Sprachlos schaute er sich die Hände an und rannte entgeistert davon. Nach einigen Augenblicken kam er mit einer Frau mittleren Alters zurück. Diese bückte sich, machte diese Fistelstimme, die mich so sehr erzürnt und, während sie mir in die Wange kniff, fragte: ‚Geht es Dir gut, Jüngchen? Wo ist Dein Vater?‘





Als sie mich berührte war ihre Reaktion die Gleiche, wie die ihres Begleiters. Ruckzuck zog sie ihre Hand zurück, als ob sie einen Stromschlag bekommen hätte und ihr Gesicht veränderte sich schlagartig. Ihre Stimme veränderte sich drastisch, sie wurde ernst und tief, wie die eines Baritons. Sie sagte: ‚Ich verstehe. Du rasierst Dich und hast Haare an den Beinen.‘ Nachdenklich fuhr sie sich mit der Hand über die Wange: ‚Du bist es satt, dass sie dich wie ein Kind behandeln.‘

Der, der nicht verstand was los war, war ich. Klar war, dass ich nicht gestorben war, weil es dort keine prächtigen Engel des weiblichen Geschlechts mit Netzstrumpfhose und Stöckelschuhen gab, so wie sie versprochen. Die Frau hat aber mit Klarheit und Schärfe meine Gedanken gelesen, sie hatte Zugang zu den Daten, die in meinem Kopf umherwimmelten.

Langsam versammelten sich mehr Menschen um mich herum. Der Mann und die Frau ermutigten die Anderen mich anzufassen.

‚Es ist, wie im Gefängnis eingeschlossen zu sein. Dein Körper ist ein Gefängnis, dein Fleisch und Deine Knochen die Stangen. Jetzt verstehe ich wie hart es ist, sich nicht die Nase kratzen zu können‘, sagte ein Junge mit dem Gesicht eines Messdieners.

Ich pflichtete ihm bei.

‚Es ist ungerecht. Kein Mensch sollte so grausame Krankheiten durchmachen sollen. Was für eine hinterhältige Folter, die Dir nach und nach auf diese Art die Energie raubt‘, bemerkte eine junge Frau, die mich mit ihren Pianistinnenhänden abtastete.

Ich stimmte wieder zu.

Etwas sonderbares und fantastisches passierte. Aufgrund eines mysteriösen Mechanismus hatte sich eine Brücke gebildet, wodurch das Magma meiner Gefühle aus meinem Körper floss, die Hautmembrane der Anderen durchströmte und mit ihren Nervensystemen verschmolz. So wie es aussah, begannen die Leute, wenn sie mich berührten, das Gleiche zu fühlen wie ich. Ich schaute mich um, wo die versteckte Kamera verborgen war. Es war kein Scherz.

Ich fühlte mich nackt, ausgestellt, aber zugleich auch verstanden. Ich, der verschiedene Kurse in Kommunikation und Fremdsprachen gemacht hatte, um die Avatare meiner inneren Seelenlandschaft auszudrücken, mit nutzlosen und mehr als armen Ergebnissen, fand mich auf einmal von den Menschen verstanden wieder, ohne auch nur den Mund aufgemacht zu haben. Ich staunte. Es wahr ein wohlschmeckender, magischer Moment. Es gab Leute, die ihre Hände über dem Kopf zusammenschlugen, die ihre Kurzsichtigkeit bedauerten. Sie rieben sich die Augen und umarmten mich. Wir entdeckten, dass wir über eine konsistente und kosmische Nabelschnur vereint waren.

So war es, wie der erste Kreis der Guerillakämpfer geboren wurde, der Embryo einer kleinen Revolution. Seitdem habe ich aufgehört mich rot zu kleiden.

Dieses übernatürliche Phänomen breitete sich nach und nach auf der ganzen Insel aus. Ich gewann meine Freunde zurück, Freunde die mich wiederum zu anderen Freunden führten. Alte Bekannte, die früher an meinem Haus vorbeigingen und mich kaltherzig aus ihren Leben ausgelöscht hatten, kamen mich wieder besuchen.

„Wenn mir so etwas passieren würde, würde ich es nicht aushalten, nicht rausgehen zu können und den Kontakt zu den Anderen zu verlieren“, erklärten sie. Ich segnete sie und lud sie ein, Champagnerflaschen zu köpfen.

Es war in jenen Tagen, als ich auch meine Anmeldung für den Japanischunterricht rückgängig machte. Das brauchte ich nicht mehr.

Unmittelbar beseitigte das Rathaus die architektonischen Barrieren der Stadt; sie boten uns, sowohl mir, als auch denjenigen die es brauchten, die notwendige Hilfe an, um unsere personelle Selbständigkeit zu erreichen. Sie befreiten uns von den Ketten, die unsere Familien erdrückten. Zum ersten Mal in der Geschichte der Insel stellten sich alle politische Parteien auf ein identisches Sozialprogramm ein. Alle waren sich einig, dass jetzt die Menschen Priorität haben. Gut, vorher sagten sie das, jetzt handelten sie wirklich so.

Meine Insel Menorca stellte einen kleinen Lichtblick dar, eine seltene und ungewöhnliche Oase. Die Schönheit, die uns gewöhnlicherweise umhüllt, entschlüpfte, ihren Pollen verbreitend, die Herzen der Menschen befruchtete, uns veränderte. Die Länder aus dem Norden kamen jetzt zu uns, damit wir sie über Gesetze und sozialen Zusammenhalt unterrichten konnten. Darauf folgend wurden Menorca verschiedene Auszeichnungen verliehen, unter anderem die des *Reservat für Menschlichkeit*.“

„Das kommt mir sehr bekannt vor...“, murmelte die junge Frau.

Ich unterbreche meine Erzählung und schaue wieder zu ihr. Ihre Lippen sind gewölbt und Schweißperlen laufen ihren Hals herunter. Mit ihren Händen zeichnet sie Kreise in die Lüfte.

„Erzähl weiter“, spornt sie mich an.

„Diese Metamorphose beeinträchtigte auf eine wichtige Art und Weise meinen Gefühlszustand und gestärkt konnte ich mich erneut dem Alltag stellen. Ich befand mich in einer optimalen Umgebung, um die Krankheit in Schach zu halten. Diese Schnittwunde, diesen Riss, den mir dieser dilettantenhafte Magier zugefügt hatte, konnte endlich heilen.

Unterdessen erhielt ich eines Tages unerwarteten Besuch. Sie hieß Marta, lebte auf dem iberischem Festland, und erzählte mir, dass ihr Sohn einer dieser Krankheiten zum Opfer gefallen war. Sie sagte, dass sie weiterhin – soweit sie konnte – kollaborierte um Spendengelder für die Forschung einzusammeln. Ich war verstört. Es war menschlich und verständlich, nachdem einer solch eine extreme Trance durchgemacht hatte, im Nachhinein nichts mehr wissen zu wollen, aber sie wurde so gezeichnet, fühlte sich so nah zu den Schmerzen der Anderen, dass sie wollte, dass Niemand mehr das gleiche Schicksal erleiden muss.

Mir war bewusst, dass die Forschung das Einzige war was mich retten konnte, aber bis dahin dachte ich, diese Verantwortung haben andere. Da es sich unglücklicherweise nicht um die Diva der Krankheiten handelt, die die Pharmaindustrie interessiert, gibt es keine andere Möglichkeit als selbst die Ärmel hochzukrempeln, um eines Tages Licht am Ende des Tunnels sehen zu können; um voran zu kommen.

Als sie mir einen Kuss auf die Wange gab, als ihre Lippen meine Haut berührten, verstand ich wie groß und stark ihre Motivation war. Auf einmal bekam ich einen Geistesblitz und der Horizont meiner Welt erweiterte sich. Ich sah andere wie sie, auf dem ganzen Planeten verbreitet. Beeindruckende Geschichten von anonymen Menschen; Menschen die im Stillen und oft alleine gegen diese unersättlichen Monster kämpften. Ich lernte Pats Geschichte kennen, an der Spitze einer Gesellschaft für Muskeldystrophie, obwohl diese verdammte Krankheit ihre zwei Kinder genommen hat; oder Nurias Beitrag, die, obwohl ihr Ehemann der Amyotrophe Lateralsklerose zum Opfer gefallen war, immer noch ihre Jahresgebühr für die Suche nach einer Behandlung bezahlte. Leuchtende und vorbildhafte Hoffnungsschimmer, verstreut auf der ganzen Erdkugel. Kleine engagierte Ameisen für das Fortschreiten unserer Spezies. Hoffnungsträger.

An diesem Tag durchfuhr mich ein zweiter Blitz. Dieser war der, der mich mehr innerlich bewegte und berührte.

„Wir müssen auch versuchen, etwas zu machen“, bekundeten mir meine Kameraden, als ich ihnen erklärte was passiert war.

Ich runzelte die Stirn. Mir kam es seltsam vor, dass sie sich so sehr einsetzen wollten.

Als ich fragte, woher ihre Motivation kam, antworteten mir dreißig Frauen und Männer einstimmig, dass ihnen sehr bewusst war, wie einer diesen Schicksalsschlägen dieser Krankheiten ausgesetzt war. Tatsächlich haben sie sich auch ausgerechnet, dass früher oder später statistisch gesehen es einen von ihnen oder einen in ihrem näheren Bekanntenkreis treffen könnte. Deswegen, in die Forschung zu investieren bedeutet, in sich selbst zu investieren.

Daraufhin sah ich alles klar: Ich hatte vergessen, dass in meiner Gemeinschaft seit einiger Zeit diese illusorischen Barrieren zwischen Du und ich, zwischen wir und ihr, aufgelöst waren.

Somit machten wir uns ans Werk. Ab und an organisierten wir ein Konzert, oder eine Verlosung eines Weihnachtskorbes, oder eine Sportveranstaltung... Verschiedene Aktivitäten, um ein wenig Geld einzusammeln. Es war nicht viel. Aber aufgrund aller, ein Reiskorn hier und dort, vermehrten wir unseren Sack. Und, obwohl wir zufrieden waren und von den Menschen nicht mehr herausdrücken konnten, ist es wahr dass ich es trotz allem nicht schaffte, diese immense Frustration zu unterdrücken, die ich beim Miterleben fühlte, wie das Leben von Betroffenen nach und nach erlosch und sich verbrauchte – wie

mein eigenes. Durch jeden Tag der verging, war ich gefährdeter. Die Wissenschaft macht Fortschritte, aber erbitternd langsam im Vergleich mit der kurzen Lebenserwartung von uns Betroffenen.

„Alles wäre viel einfacher, wenn wir es von oben herab organisieren könnten. Mit nur 42 Millionen Euro, soviel wie zum Beispiel eine F-18, ein Kampfflugzeug der einfachen Art kostet, hätten wir genug um über Jahre die Kosten der Forschung dieser oder anderer Krankheiten zu decken“, ließ ein belesener Freund ab.

Auf diese Weise gesehen, umso relativer mir der Wert der Dinge erscheint, desto weiter entfernt fühle ich mich von denjenigen, die diese anormale und absurde Werteskala ausmanövrieren. Wieviel kostet es, ein Leben zu retten? Welchen Preis machen wir? Vielleicht weniger als 136 Millionen Euro, die verschwendet worden sind, um einen Flughafen zu bauen, der jetzt mit Gräsern zuwächst, weil niemand ihn benutzt?

Der Beitrag jedes Einzelnen war notwendig damit die Forschung nicht aufhörte, aber für einen qualitativen Satz nach vorne braucht man die Einbeziehung der Regierungen. Nur sie haben die Möglichkeit erhebliche Geldsummen zu hantieren.

„Warum besprichst Du das nicht mit dem Regierungspräsidenten? Ich habe gehört, dass er nächste Woche auf die Insel zum Urlaub kommt“, schlug Pepe, die Klatschtante, vor.

Als das Gelächter verstummte, fingen wir an hin und her zu überlegen und es erschien uns nicht mehr so abwegig und wahnwitzig. Schließlich war es auch eine gute Möglichkeit, um meine Begabung auszuprobieren. Vielleicht könnte es funktionieren.



Wir waren ein kleines Grüppchen, aber wir erhofften uns durch unsere geteilten Sehnsüchte und Wünsche, dass wir die Gesetze ändern und beeinflussen könnten, sprich die Prioritäten der Regierung. Und, wenn wir die Gesetze ändern würden, vielleicht könnten wir die Zukunft tausender Leben ändern. Wenn wir ernsthaft die Beteiligung der Regierung erreichen würden, würden wir nicht mehr nur Schritt für Schritt vorankommen, sondern wir würden fliegend einen großen Satz machen. Umso mehr Geld investiert wird, desto mehr Forschungsprojekte könnten umgesetzt werden

Wir waren ein kleines Grüppchen, aber wir erhofften uns durch unsere geteilten Sehnsüchte und Wünsche, dass wir die Gesetze ändern und beeinflussen könnten, sprich die Prioritäten der Regierung. Und, wenn wir die Gesetze ändern würden, vielleicht könnten wir die Zukunft tausender Leben ändern. Wenn wir ernsthaft die Beteiligung der Regierung erreichen würden, würden wir nicht mehr nur Schritt für Schritt vorankommen, sondern wir würden fliegend einen großen Satz machen. Umso mehr Geld investiert wird, desto mehr Forschungsprojekte könnten umgesetzt werden

und dementsprechend gäbe es mehr Möglichkeiten, vorzeitig eine Behandlung zu finden.

Ich muss zugeben, dass es mir ein wenig peinlich war, den Regierungspräsidenten zu treffen. Ich zweifelte sehr, ob der Plan funktionieren würde. Und wie treffe ich ihn? Mit welcher Ausrede?

Jemand plauderte uns aus, dass er immer Donnerstagnachmittags Tennis spielen ging.

Ein Freund hatte die Erfindungsgabe, ihm zukommen zu lassen, dass er für ihn einen perfekten Rivalen gefunden hätte, jemand der bereit war zu verlieren...

„Du siehst nicht wie ein Tennisspieler aus“, sagte er, als er mich von oben bis unten musterte.

Der Prominente war mit der klassisch weißen Tennisuniform gekleidet: T-Shirt und kurze Hose, Tennissocken, hochgezogen bis zu den Knien, zwei Armbänder und Tennisschläger, den er ungeduldig in der Hand hielt. Er hielt Abstand. Er war ein paar Meter weit von mir entfernt und machte mit der Hüfte als Aufwärmübung Kreisbewegungen.

„Ich bin lädiert“, stellte ich klar.

Weder zeigte er eine Regung, noch verstand er dieses Spiel. Es wird eine schwierige Mission werden.

Auf einmal, ohne das ich Zeit hatte zu reagieren, machte er einige Schritte auf mich zu und legte seine Hand auf meine Schulter. Er kommentierte, da ich ja jetzt schon einmal da bin, könnten wir ja wenigstens zusammen ein Foto machen. Endlich. Es war soweit. Ich lächelte und schaute ihn an, aber nichts veränderte sich in seiner granitartigen und grauen Miene. Daraufhin fuhr er mit seiner Hand über meinen Kopf, aber nichts geschah. Dann fiel es mir auf: er hatte Handschuhe an. Handschuhe aus Chrom verstärkter Thermowolle mit doppelt beschichtetem Nitrilschaum, mitten im Hochsommer. Ich erblasste und der Boden fing an zu wackeln. Aufgrund der Offenbarung fehlte mir Luft zum Atmen. Ich nahm ihn dann aber gleich schon in Schutz, mir selbst sagend, dass er wahrscheinlich eine sehr sensible Haut hätte.

Die Spannung stieg.

Ich musste eine Notfallplan entwerfen.

„Tennis kann ich nicht spielen, aber ich schlage Ihnen ein anderes Spiel vor: ein Frage– und Antwortspiel. Jedes Mal wenn einer von uns einen Fehler macht, zieht derjenige ein Kleidungsstück aus, der den Fehler gemacht hat“, forderte ich ihn heraus.

Ich hatte den Eindruck, eine große Begeisterung zeigte er nicht. Er verzog die Mundwinkel, murrte, aber letztendlich akzeptierte er ungerne. Wahrscheinlich wollte er nicht als ein Feigling vor so einem Typen wie mir dastehen.

Er machte eine Halbdrehung und distanzierte sich einige Meter. Wir stellten uns erneut gegenüber, so, wie zwei Cowboys.

„Wie heißen die chemischen Substanzen die beim Lachen freigesetzt werden?“, schoss ich als Erster los.

„Ich weiß nicht“, antwortete er.

Er warf den Schläger zu Boden und machte einen Schritt auf mich zu. Jetzt war er dran.

„Wie viele Abgeordnete sind im Kongress?“, fragte er mich.

„Keine Ahnung.“

Daraufhin ordnete er einem seiner Leibwächter an, mir mein T-Shirt auszuziehen.

Wir machten einen Schlagabtausch per Fragen und Antworten. Keiner von uns konnte die Fragen des Anderen beantworten. Wir zogen uns immer weiter aus, die Stimmung erhitzte sich.

Ich blieb sprachlos, als ich das Yogi-Bär-beim-Fahrradfahren-Tattoo auf der depilierten Brust des Regierungspräsidenten entdeckte. Es erweckte den Eindruck, dass Yogi schneller fuhr, wenn er seine Brustmuskeln zusammenzog.

Jedes Mal wenn der Regierungspräsident verlor, machte er einen weiteren Schritt auf mich zu. Ich machte mein Ding und fuhr ein kleines Stück mit dem Rollstuhl auf ihn zu.

Unser Regierungsoberhaupt wusste weder, wer das Buch Der Mensch auf der Suche nach Sinn geschrieben hat, weder warum die Vögel Morgens singen, noch warum die Sonnenblumen sich in Richtung Sonne orientieren. Ich verkannte, warum die intrinsischen Faktoren das Haushaltsdefizit beeinflussen oder wie die indirekten Steuern das Bruttoinlandsprodukt betreffen und welche Beziehung die Inflation zu den materiellen Gütern hat.

Urplötzlich, als wir schon sehr nah voneinander entfernt waren, als ich seinen Atmen spüren konnte und als ich endlich schaffte, dass er seine schrecklichen Handschuhe auszog, unterbrach uns jemand.

„Darf man wissen, was Du machst?“, schrie seine Frau. Sie hatte ihre Fäuste geballt und man sah einen tollwütigen Schaum um ihre Lippen, der bis zum Boden tropfte.

Es ist nicht so, wie es aussieht“, versuchte er sich zu verteidigen und bedeckte sich, wie er konnte.

„Wo zum Teufel sind die Handschuhe? Hat der Geheimdienst Dir nicht gesagt, dass Du dich ihm auf gar keinen Fall nähern sollst?“, fauchte sie, die Hosennähte ihres Damenanzuges Dolce & Fabana standen kurz davor zu platzen.

Meine Alarmglocken läuteten. Meine Mission stand in Gefahr. Alles oder nichts. Ich hatte ihn beinahe... Es fehlten Zentimeter. Wenn ich nur ein bisschen meinen Arm hätte ausstrecken können, ich hätte ihn berührt. Aber seit geraumer



Zeit hatte die Krankheit auch meine Arme besiedelt, sie waren bewegungslos wie Zement.

„Herr Präsident!“ Ich blickte zu ihm auf. „Ich möchte sie darum bitten, dass sie mich nur einmal berühren. Ich weiß, dass das seltsam klingt, aber nur mit Worten, werde ich nicht dahin kommen, wo Sie sind.“ Ich machte ein Gesicht, wie bei meiner ersten Kommunion. „Kommen Sie, versuchen Sie es, werden Sie zu unserem Alliierten... und die Wissenschaft wird einen gigantischen Sprung machen.“

Ich erkannte die Zweifel in seinen Augen. Sein Gesichtsausdruck, zwischen überrascht und angepisst, wurde ein wenig entspannter.

Er gestand mir: „Ich glaube, wenn ich das mache würde, müsste ich viele Dinge überdenken. Zu viele. Meine und die der Regierung. Und ehrlich gesagt fühle ich, dass ich dazu nicht die Kraft habe. Ich möchte nicht in Schwierigkeiten geraten.“

Seine Frau stieß wieder einen ohrenbetäubenden Schrei aus. Hinter ihr erschienen einige Männer in schwarzer Uniform. Sie umzingelten uns. Die Leibwächter des Präsidenten verschränkten auf eine einschüchternde Art und Weise die Hände hinter dem Rücken. Zwei dieser rätselhaften Männer ergriffen den Präsidenten am Oberarm.

„Die werden das niemals dulden“, murmelte der Präsident niedergeschlagen.

„Er hat Recht, wir werden das niemals zulassen“, sagte sie mir, mich mit ihren Blick niederschmetternd.

„Raus!“

In diesem Moment wurde mir klar, dass sie in Wirklichkeit die Hosen anhatte und gleichzeitig aber auch einer größeren Macht zu Dienste war. Sie waren Marionetten zu Diensten der Interessen Zwielight & Schmutzig GmbH.“

„Ich hatte Gerüchte über ihre Ehekrise gehört, aber niemals habe ich mir vorgestellt... dass diese dritte Person Du gewesen bist“, sagt mir die junge Frau stutzig.

„So sieht's aus... .“ Ich erröte und hole Luft: Ein-, zwei-, dreimal. „Wir sind zu weit gegangen“, fahre ich fort, „und die Schattenregierung war nicht bereit es zu tolerieren. Seitdem war jedes Mittel recht, um die Verzauberung

durch den Blitz zu unterbinden; um unser Bündnis zu zerschlagen; um dieses Band der Kameradschaft, welches wir gebildet hatten, zu zerschneiden. Unter ihren Drohungen und Bestechungen desertierten viele Sympathisanten, kauerten sich erneut in die Höhle ihres eigenen Egos zusammen, reduzierten ihren Blickwinkel auf die Wirklichkeit – gerade noch genug, um ihre eigene Nasenspitze zu sehen.

Auf meiner Insel verkleinerten sie wieder die Bürgersteige und gruben einen Graben um mein Haus. Sie nahmen mir jedwede Hilfe weg, die mir das Leben erleichterte. Nahmen meine Telefonnummer aus dem Telefonbuch raus. Laut den letzten Informationen sind sie am überlegen, ob sie ein Vorhängeschloss an meine Tür anbringen.

Sie lauern mir auf, verfolgen mich, überwachen mich. Sie haben diese furchterregenden, in schwarz gekleideten Männer, Experten der Kampfkunst; versteckt in den Gebüschten oder aufgestellt in den Ecken. Jedes Mal wenn sich mir jemand nähert, kommen sie raus um sie zu terrorisieren und abzuschrecken. Die Gruppe hat sich reduziert und wurde geschröpft, aber gewiss, sie arbeitet immer noch sehr hart und ist wertvoll. Wir kämpfen weiterhin gegen so viele Elemente und Dingen die wir gegen uns haben, gegen die eiskalten Mauern der Gleichgültigkeit, die verhindern, dass wir uns verbinden und den Fortschritt blockieren.“

Die junge Frau, die immer näher zu mir gerückt ist und nur noch eine Handbreite von mir entfernt sitzt, hat ohne Scham fast alle Pralinen gegessen, sogar die mit Likör.

„Das ist eine unglaubliche Geschichte, schwer zu glauben...“, sagt sie mir. Ich seufze. „Ich weiß, das ist es.“

Ich bin auch ein leidenschaftlicher Fanatiker von unglaublichen Geschichten, sie würzen ein wenig mehr das Leben.

Ich lasse den Blick über das Meer schweifen. Ich frage mich, ob ich diesen Stein in Form einer Sirene wiedersehen werde, der im harten Winter unbelassen den Angriff der Wellen übersteht.

Ich fühle mich alt, aber ich möchte weiter kämpfen. Sehr tief in mir drin verbleiben die Kindheitsträume, Athlet oder Globetrotter zu werden; vielleicht auch geliebt und verstanden zu werden.

Jetzt schon habe ich Atemprobleme und kann nur noch ein bisschen die Finger einer Hand bewegen. Es ist die letzte Körperbewegung die mir bleibt.

Ich habe Angst. Mein Feind hat mich verschlungen, mich unter seiner

giftigen Schwärze begraben, aber ich spüre immer noch eine kleine und zarte Flamme in mir, welche durch Leben und Hoffnung ernährt wird. Ich würde alles geben, um dieser und anderen Krankheiten Einhalt zu gebieten; ich würde es in Saus und Braus feiern. Nach vierzig überlebten Jahren wünsche ich mir noch immer, wie seit dem ersten Tag, zu fühlen, was es bedeutet, zu Kräften zu kommen, obwohl es nur für einen Tag, einige Stunden, einen Augenblick wäre... Einen Augenblick, ja, ich würde mich wirklich mit einem Augenblick abfinden.

„Ich muss gehen“, kündigt sie an.

Die am Strand verstreuten Touristen machen sich mit ihren Siebensachen und geröteten Rücken auch auf ihren Rückweg.

Die junge Frau steht auf, verabschiedet sich von mir und macht einige Schritte zum Ausgang des Aussichtspunktes.

Ich beobachte wie sie geht, leichten Schrittes und entschlossen sich dem Labyrinth ihrer eigenen Angelegenheiten zu ergeben. Ich frage mich, was ihre Wünsche sind, was sie vom Leben und der Zukunft erwartet.

Plötzlich, als ich schon gar nicht mehr damit gerechnet habe, bleibt sie stehen, dreht sich um und kommt gleichen Schrittes zurück. Das Herz hämmert in meiner Brust. Sie setzt sich dicht neben mir. Ich atme ihren Sandelholzduft ein und verspüre Gänsehaut.

Ich versuche etwas zu sagen, doch sie unterdrückt meine Worte indem sie einen Finger zu den Lippen führt.

Jetzt sind es ihre honigfarbenen Augen die sprechen möchten.

Daraufhin lächelt sie mich an, lehnt sich zurück und ergreift mit Entschlossenheit und Stärke meine Hand.

## Agradecimientos

Quiero agradecer de todo corazón a las personas que desinteresadamente han contribuido a la gestación de este proyecto.

En primer lugar, a **Sam García** por sus magníficas ilustraciones.

A **Marcel Comesse** por haber traducido el relato al alemán.

A **Lucía Antoniazzi de Andreis** por haber hecho lo propio al idioma italiano.

A **Helena Motilla** por haberlo transcrito al catalán.

A **Margarida Llabrés Rotger** por haberse atrevido con la versión en francés.

A **Lluis Fernández** por haberlo trasladado al inglés.

Y a **Cristina Fuster Bertrand** por la maquetación de este libro.

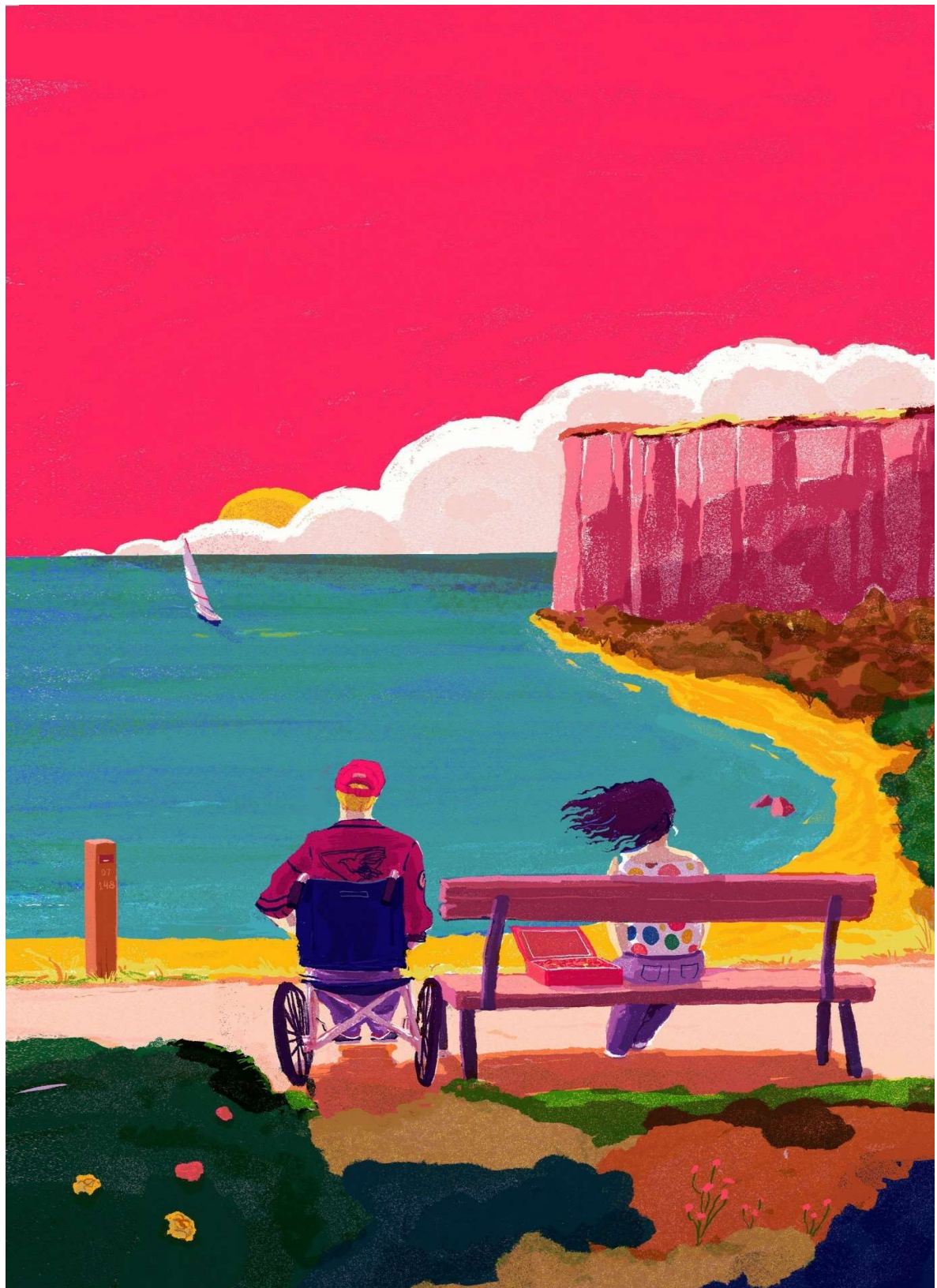
A todos, muchas gracias.

Ofrezco este relato y sus correspondientes traducciones gratuitamente, pero con el deseo y la esperanza que, si te ha gustado, hagas una contribución económica para la investigación de esta maldita enfermedad. Sigo pensando que entre todos lo conseguiremos. En España, la puedes hacer a fundación a la que pertenezco desde hace muchos años:

<https://www.fundame.net/>

## **Contacto**

Si quiere contactar con el autor: [http://joseantoniofortuny.com/  
jafortuny@gmail.com](http://joseantoniofortuny.com/jafortuny@gmail.com)



# Table of Contents

[Índice](#)

[Los otros](#)

[ELS ALTRES](#)

[Traducción: Helena Motilla](#)

[The Others](#)

[Traducción: Lluís Fernández](#)

[LES AUTRES](#)

[Traductrice : Margarida Llabrés Rotger](#)

[GLI ALTRI](#)

[Traducción: Lucía Antoniazzi de Andreis](#)

[Die Anderen](#)

[Traducción: Marcel Comesse](#)

[Agradecimientos](#)

[Contacto](#)